

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — Tomo XIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

Año 18. — N° 335.

## SUMARIO.

La cámara de los diputados en Turin; grabado. — Una comedia en tres actos. — La mujer. — La guerra de la independencia italiana; grabados. — Revista de Paris. — A otro can con ese hueso. — ¿Qué me importa? — El estado mayor general de los ejércitos franceses; grabado. — Salida del rey Victor Manuel con direccion al Dora; grabado. — Betina. — Alejandria; grabado. — El cuerpo de Garibaldi; grabado. — Embarque de tropas austriacas en el lago Mayor; grabado. — Una visita a Toledo. — Revista de la moda. — Leovigildo. — Embarque de caballos para el ejército de Italia; grabado. — El palacio Madama en Turin; grabado.

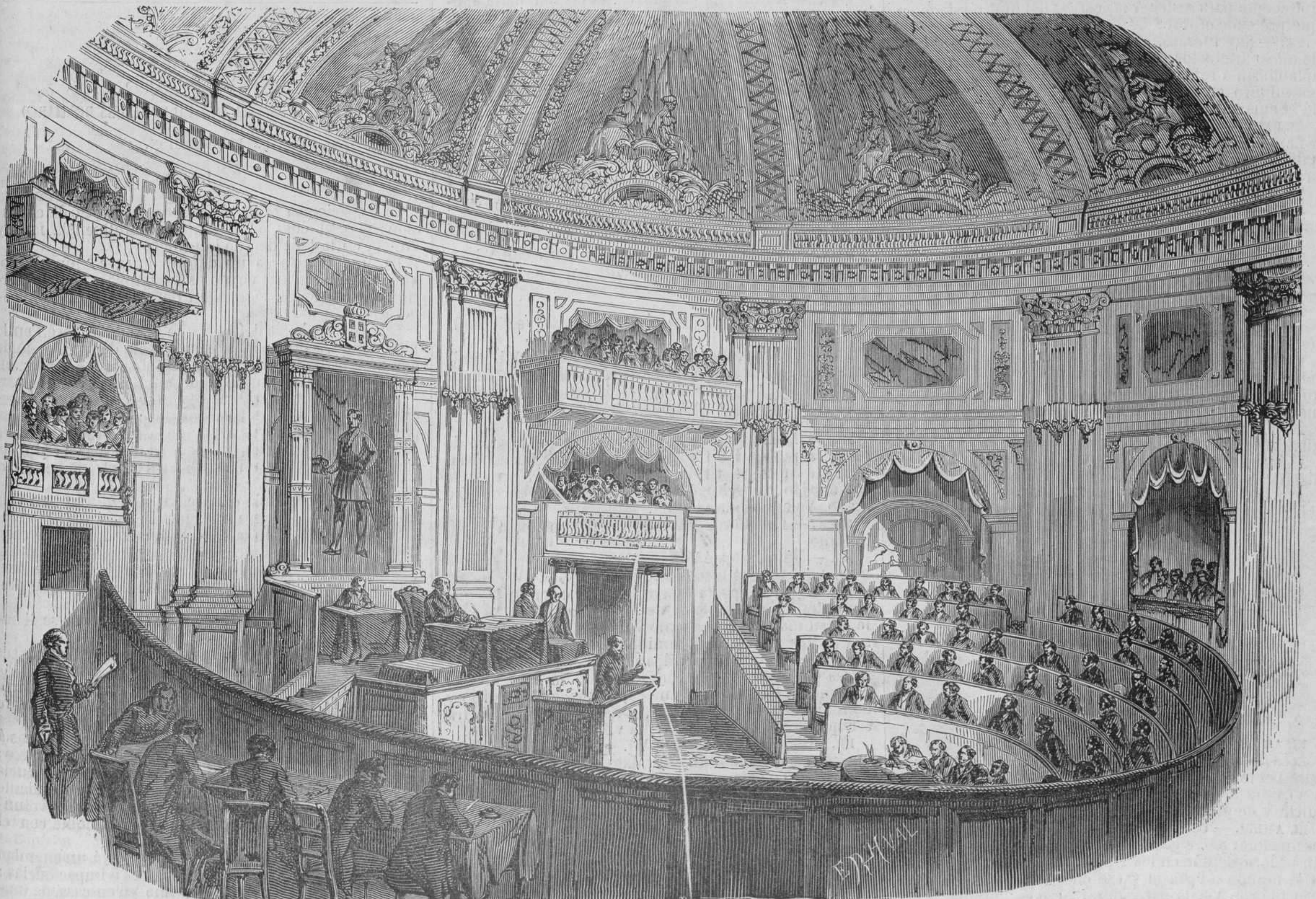
Nuestro dibujo de esta primera página representa la cámara de diputados de Turin el día en que los representantes de la nacion fueron convocados en sesion extraordinaria para conceder poderes extraordinarios al gobierno del rey durante la guerra. El proyecto de ley contenia estos dos articulos :

« Art. 1º En caso de guerra con el imperio de Austria, se conferirán al rey todos los poderes legislativos y ejecutivos, y podrá, bajo la responsabilidad ministerial, ejercer por medio de reales decretos todos los ac-

tos necesarios para la defensa de la patria y de nuestras instituciones.

» Art. 2º Las instituciones nacionales permanecen inviolables. El gobierno del rey estará facultado durante la guerra para adoptar disposiciones que limiten provisionalmente la libertad de la prensa y la libertad individual. »

Este proyecto de ley fué aprobado con entusiasmo por la cámara popular el domingo 24 de abril, por 110 votos contra 24.



LA CAMARA DE LOS DIPUTADOS EN TURIN.



guetes de la China, pequeñas estatuas de p<sup>o</sup>rfido de un mérito admirable, y vasos de un dibujo antiguo y de un gusto exquisito: la criatura se fué derecha á él y se puso á jugar alineando los preciosos objetos, y llevando parte de ellos á los sillones donde los distribuyó á su antojo.

Todos veíamos cambiar cien veces de color el semblante de su madre, mientras la rogaba suavemente que dejase aquellos objetos en su lugar; pero la niña, indómita de sí y acostumbrada á cumplir siempre su voluntad, no hizo el menor caso de las advertencias maternas, y continuó en su diversion con la mayor tranquilidad.

De súbito, yo que no perdía de vista el hermoso rostro de la joven madre, le ví cubrirse de mortal palidez: ella por su parte no separaba los ojos de su hija, y había visto caer dos vasos y una pequeña estatua que representaba á Hebe, antes de que el estruendo nos avisara á los demás de que se habían hecho pedazos.

En efecto el pavimento de mármol, pues por ser estío estaba sin alfombra, el pavimento despiadado recibió é hizo añicos la estatua de Hebe y dos vasos incomparables; es decir, destruyó el valor de mil duros.

Entonces la pobre madre depuso su enojo y la tomó en sus brazos llenándola de caricias, ofreciéndola dulces y diciéndola que lo que había hecho *no valía nada*.

Si aquella madre demasiado débil hubiera oído el concierto de vituperios que se levantó contra ella apenas hubo salido de la sala, os aseguro que hubiera deplorado amargamente la educacion que daba á su hija, y que hubiera procurado mejorarla.

## II.

El castigo en público, lejos de corregir á los niños, los exaspera y los hace perder el sentimiento de su propia dignidad, sentimiento el mas precioso de todos, el que con mas cuidado debe conservarse en la infancia.

La correccion de los defectos de los hijos es una de las tareas mas sagradas que pesan sobre los padres y que deben estos cumplir en el retiro de su hogar, sin dar jamás intervencion en ella á personas extrañas.

Los mas pequeños accidentes de la vida sirven á una madre para corregir la impaciencia y los caprichos de su hija.

¿Para qué ha dado Dios, si no, ese lazo, tan hermoso como fuerte, del cariño filial y materno?

¿Para qué, sino para que la madre forme á su hija de modo que un día pueda bendecirla?

La madre que no corrige las impacencias de su hija desde la mas tierna edad de esta, se impone un martirio que cada día ha de ir creciendo forzosamente, un martirio que cuando la niña llega á ser mujer, se convertirá en un suplicio intolerable, pues su misma hija la despreciará en justo castigo de sus imprudentes condescendencias.

Por buena, por dulce que sea una niña, debe acostumbrársela á que vea alguna vez quebrantada su voluntad: este medio de dulcificar la índole es mas eficaz que el castigo, porque el castigo exaspera casi siempre, y la índole exasperada se torna amarga.

Es necesario hacer comprender á las niñas que solo para el bien deben tener voluntad; y sabiendo que carecen de ella para todo lo demás y que el mas precioso de sus deberes es la obediencia, no se impacientarán por nada, pues estarán persuadidas de que aquello que les ordenan es lo mejor.

Casi siempre la impaciencia mas peligrosa aparece en la mujer á la edad en que deja de ser niña, y esto por buena, cuidadosa y esmerada que haya sido su educacion; y es que la razon enseña á la joven que existe la voluntad, que el corazon habla, y la mente desea y sueña mil placeres aun no conocidos.

A la edad de quince años se impacienta una joven porque no estrena un traje el día que había pensado; porque no va al teatro á causa de la lluvia; porque el calzado la está anecho, ó porque la jaqueca no permite á la mamá llevarla á paseo.

Todas estas impacencias son mas ó menos perniciosas y culpables segun la índole y la educacion de quien las tiene: si aquella y esta son buenas, la impaciencia se convertirá muy en breve en un pesar dulce y razonado: y el corazon de la mujer debe sentir, y ¡ay de aquella que tiene el suyo indiferente á todo! De esa clase de mujeres sin pasiones, sin tristeza, sin sentimientos, en una palabra, nada bueno puede esperarse.

La que siente las contrariedades, y su educacion y buen carácter la contienen, no tarda en hallar y abrazar á la resignacion, que es el antídoto mas precioso contra todas las borrascas de la vida.

La resignacion, esa hija del cielo, es tan hermosa, tan dulce, tan benéfica, que en el alma de la criatura mas afligida, mas despreciada, mas perseguida, derrama la tranquilidad y el bálsamo del consuelo.

No hay pena que no dulcifique, ni herida cuyos dolores no aminore.

## III.

Mil ejemplos pudiera aducir para probar que la resignacion de una persona perseguida y atormentada ha desarmado á sus mismos perseguidores.

Carlos I, el rey mártir de Inglaterra; Luis XVI, el rey santo de Francia, llegaron al cadalso llevando en los remordimientos de sus verdugos.

Su perfecta y digna resignacion durante sus largos cautiverios y en medio de los tormentos y humillaciones sin cuento que les hicieron sufrir, convencieron á sus frenéticos enemigos de que algo de sobrenatural y sublime había en los hombres que iban á sacrificar.

Cuando cayó la cabeza del héroe Carlos I, un sollozo inmenso retumbó en Wite-Hall y acompañó su alma al cielo. El mismo Cromwell se estremeció hasta lo íntimo de su alma, y llevó la mano á su frente creyendo hallar en ella la sangre que acababa de hacer verter.

Cuando rodó en la guillotina la cabeza del santo, del benéfico, del dulce Luis XVI, muchos de los espectadores que desde el Temple habían ido acompañándole hasta el lugar de su martirio, huyeron desalentados como si la sangre régia hubiese cegado sus ojos.

Las madres, escondidas en lo mas recóndito de sus hogares, estrecharon á sus hijos contra el pecho, y los esposos de aquellas mujeres que habían escollado al rey con picos, sables, chuzos y palos, que le habían llenado de injurias, que le habían escupido al rostro, que le habían negado un abrigo y un sombrero para guarecer de la lluvia su régia cabeza y sus desfallecidos miembros; aquellos hombres, dijo, volvieron á sus casas pálidos, desalentados y transidos de piedad y de horror.

Era que habían visto al rey dejarse atar las manos pacientemente, aunque temblando de dolor.

Era que se acordaban de que le habían privado hasta de lo último que se concede á todos los moribundos, pues no le habían permitido hablar mas que estas dos palabras, que desbordándose de su corazon subieron hasta sus labios:

— ¡Muero inocente!

Era que el santo abate Firmont, su confesor, había gritado dominando todos los murmullos, todas las maldiciones:

— ¡Hijo de San Luis! ¡Subid al cielo!

Y este grito ahogó maldiciones y murmullos, llevando el remordimiento y el espanto á todos los corazones.

Luego gritaron:

— ¡Viva la república!

Pero este grito que poco antes había hecho estremecer de júbilo á los pueblos, se apagó entonces sin eco.

«La república, dice Alejandro Dumas, padre, tenía sobre su frente una de esas manchas que no se borran jamás.

» Hubo en Paris un sentimiento inmenso de estupor que llegó hasta la desesperacion.

» Una mujer se arrojó al Sena.

» Un peluquero se degolló.

» Un librero se volvió loco.

» Un antiguo oficial murió de espasmo. »

Por la noche se iluminó Paris, pero sus calles estaban desiertas: solo algunas hordas de esos hombres que, como demonios escapados del infierno, aparecen únicamente en las revoluciones, recorrieron la ciudad llevando en las puntas de sus picas girones empapados en la sangre del rey y gritando con voz ronca y vinosa:

— ¡El tirano ha muerto! ¡Hé aquí la sangre del tirano!

Pero estos aullidos de hienas fueron contestados tan solo con sollozos varoniles desde el fondo de las casas; con plegarias de mujeres que rezaban ante las imágenes del Crucificado por el alma del santo rey Luis XVI, de aquel rey cuyo único amor era su esposa, cuya única amistad era su hermana, cuya única alegría eran sus hijos, cuya única ambicion era la felicidad de aquella Francia ingrata que le había sacrificado.

## IV.

La Francia que deliró de dolor y de arrepentimiento á la muerte de su rey, vió con carcajada de alegría el cadalso y la muerte de su reina.

Y es que Luis era todo resignacion y dulzura, y María Antonieta toda impaciencia y altanería.

Nada conmovió ni á Paris ni á las provincias federadas: ni la hermosura de María Antonieta, hermosa de ninfa, hermosa la mas seductora de su tiempo; ni su tez de nácar, ni sus grandes ojos celestes, ni su pura frente, ni el desolador manto de nieve que en la noche de dolor que siguió á su despedida con el rey matizó sus cabellos dorados; nada en fin conmovió á aquel pueblo, irritado con sus desdenes, ultrajado por su impaciencia, herido por su orgullo.

María Antonieta perdió ante el pueblo francés hasta su carácter de madre, y eso que es notorio con cuánto extremo amaba á sus hijos aquella reina sin ventura. El orgullo, la altanería de María Antonieta perdió á su esposo; y los franceses que cegados por la revolucion no lo conocieron, abrieron los ojos á la luz despues de haber sacrificado al inocente Luis XVI, y resolvieron todo su furor contra su viuda, acusándola de la muerte de su monarca.

— ¡Muera la Austriaca! gritaban furiosos: ella es nuestra enemiga mortal y verdadera. Ella separó al rey de su pueblo. Ella le hizo huir de entre nosotros. Ella nos obligó á traerla preso, pues nos irritó con sus palabras iracundas. Ella mató á su esposo, á nuestro rey. ¡Muera, muera á su vez!

Y María Antonieta murió mártir tambien, pero sin ser compadecida mas que por sus hijos y por la princesa Isabel, hermana santa del santo rey.

Si aquella mujer hubiese opuesto la resignacion y las dulces lágrimas de súplica á los primeros rugidos de la revolucion; si en vez de resistirse y de castigar

como reina, se hubiese presentado rogando como esposa y como madre, quizá hubiera salvado la monarquía.

En vez de usar de la resignacion con su pueblo, opuso la seducccion con los representantes de la Asamblea Constituyente: víctimas de la pasion que supo inspirarles, fueron el gran Mirabeau, el genio inmortal que asombró á la Francia; el austero y apasionado Barnave, hombre intachable y gran orador; el noble y hermoso conde de Clarny, cuyos hermanos Jorge é Isidoro murieron como él defendiendo á la reina, y otros muchos que seria prolijo enumerar.

El mayor atractivo de la mujer, el mas poderoso y hasta irresistible, no es la hermosura, ni el talento, ni la opulenta cuna: su mayor encanto, su mas bella cualidad, su mas eficaz dominio consiste en la dulzura y en la resignacion.

## V.

Jóvenes esposas, hijas de familia, madres respetables, mujeres todas que sabéis sentir; á vosotras me dirijo y para vosotras escribo, porque ya os he dicho otras veces que vuestra felicidad me interesa mucho.

La resignacion es una de las santas coqueterías de la mujer.

No es la falta de sentimiento; es el sentimiento mismo, domado, suavizado, embellecido, por decirlo así, por la dulzura y la paciencia.

Toda mujer religiosa es resignada, porque la resignacion se encierra en estas palabras:

*Dios lo quiere.*

Los mas terribles golpes de la fatalidad, las mas insuportables desgracias se hacen llevaderas con este pensamiento lleno de suavidad, con esta consoladora reflexion.

Acordaos vosotras, cuya vivaz imaginacion sufre con las contrariedades; acordaos de que Dios no puede ordenar cosa alguna que no sea para nuestro bien, pues su amor ni puede engañarse ni engañarnos.

Acordaos tambien de que la impaciencia os roba todos los atractivos de vuestro rostro y empaña todas las bellas cualidades de vuestro carácter.

Cuando esteis impacientes, si sois hijas, provocareis el enojo de vuestros padres.

Si sois esposas, hastiareis á vuestros esposos, que huirán de vuestro lado por no soportar vuestro mal humor.

Si sois madres, asustareis á vuestros hijos, los cuales por otro lado se creerán autorizados para imitar vuestros raptos de impaciencia, pues es sabido que influye mucho el ejemplo en la dulzura y en la juventud.

Y de todos modos, cualquiera que sea vuestro estado ó vuestra posicion, perderéis el prestigio mas poderoso de vuestro sexo, que consiste en la dulzura y en la bondad.

No me cansaré de repetirlo: la mujer debe dominar por la dulzura y la persuasion.

Su debilidad hace ridícula la ira y hasta la impaciencia.

Cada sexo tiene sus atributos señalados por el mismo Dios.

Dejemos al hombre la fuerza, la resistencia y el dominio.

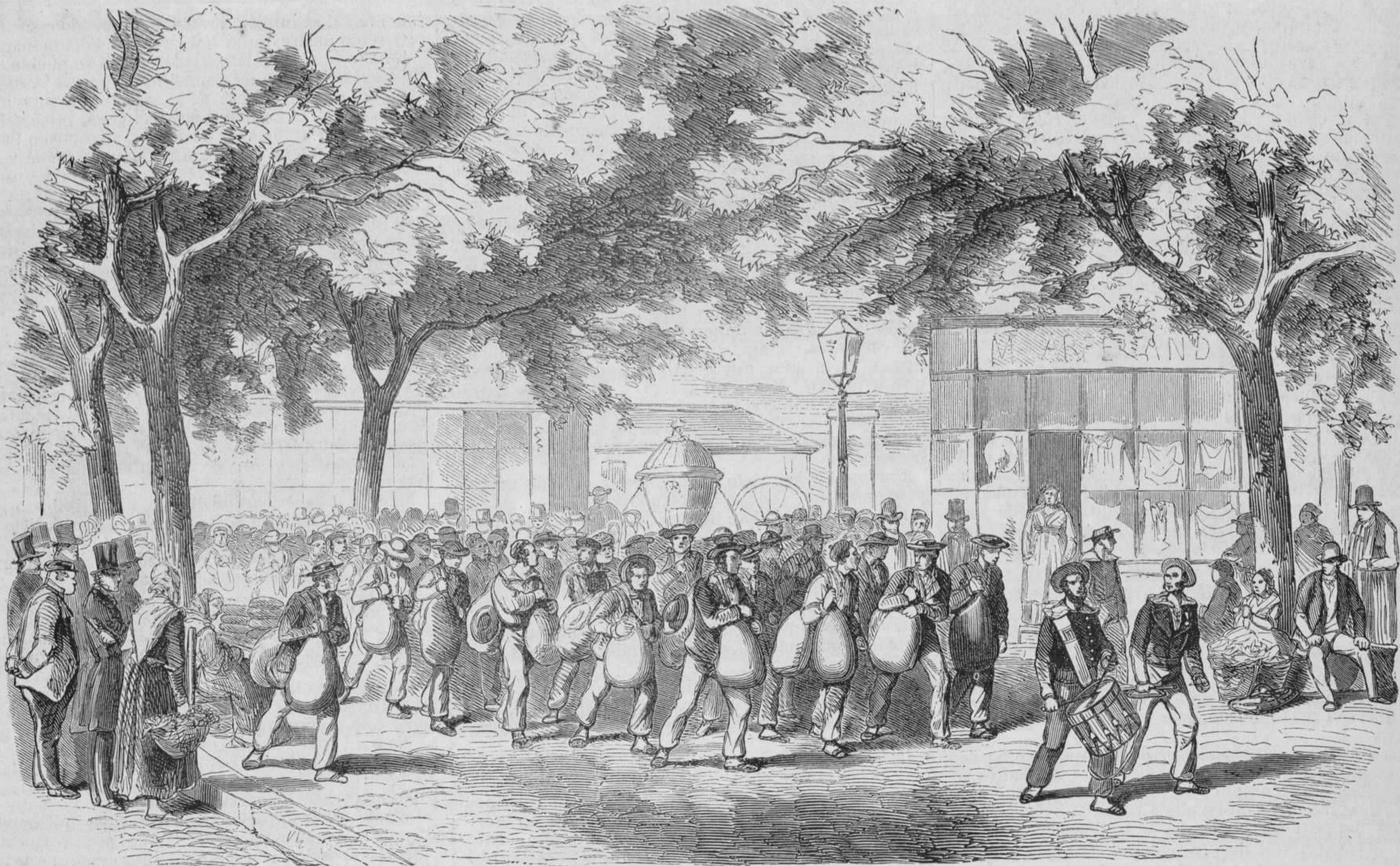
Nuestro imperio es mas suave y mas ligero, pues consiste en la resignacion y en la conformidad.

Ondee la mujer el blanco estandarte de la paz, y bajo él irán á cobijarse la alegría, el amor y los dulces afectos de la familia.

## La guerra de la independencia italiana.

*Marinos franceses con su equipo de campaña.* — Se nota la mayor actividad en los armamentos marítimos por causa de la guerra. Tolón mas que ningún otro puerto debía resentirse de este movimiento extraordinario. Diariamente llegan marinos á equiparse en los almacenes de la flota. Publicamos un dibujo que representa una escena poco conocida; «la entrega del saco á los marinos que van á ponerse en marcha;» cada marino recibe en los almacenes antes de embarcarse los efectos que constituyen su equipo, y esto es lo que llaman «prendre le sac.» En la agitacion de este pequeño episodio y hasta en la expresion de las fisonomías, se notan el movimiento y buen humor que caracterizan tan particularmente á las tropas francesas de tierra y de mar.

*Recepcion de las primeras tropas francesas por el rey Victor Manuel en el ferro-carril de Turin.* — La acogida fraternal que los soldados franceses han recibido por todas partes en Italia demuestra que una franca cordialidad une á los dos pueblos aliados. Las ovaciones que se han hecho al ejército atestiguan que todas las clases de la sociedad están animadas del mismo espíritu y alimentan iguales esperanzas. El rey Victor Manuel, á quien la historia dará un día el honor glorioso de haber intentado la emancipacion de la Italia, quiso celebrar dignamente la alianza francesa que debe fundar la independencia italiana, y salió al encuentro de las primeras tropas que llegaron á Turin por el camino de hierro. El rey acompañado de su estado mayor pasó á caballo al embarcadero, y despues de haber felicitado al general comandante de la division y á los oficiales superiores, presencié el desfile de las tropas. Este desfile se ejecutó con el mayor orden en medio de las mas vivas demostraciones de la poblacion de Turin, electri-

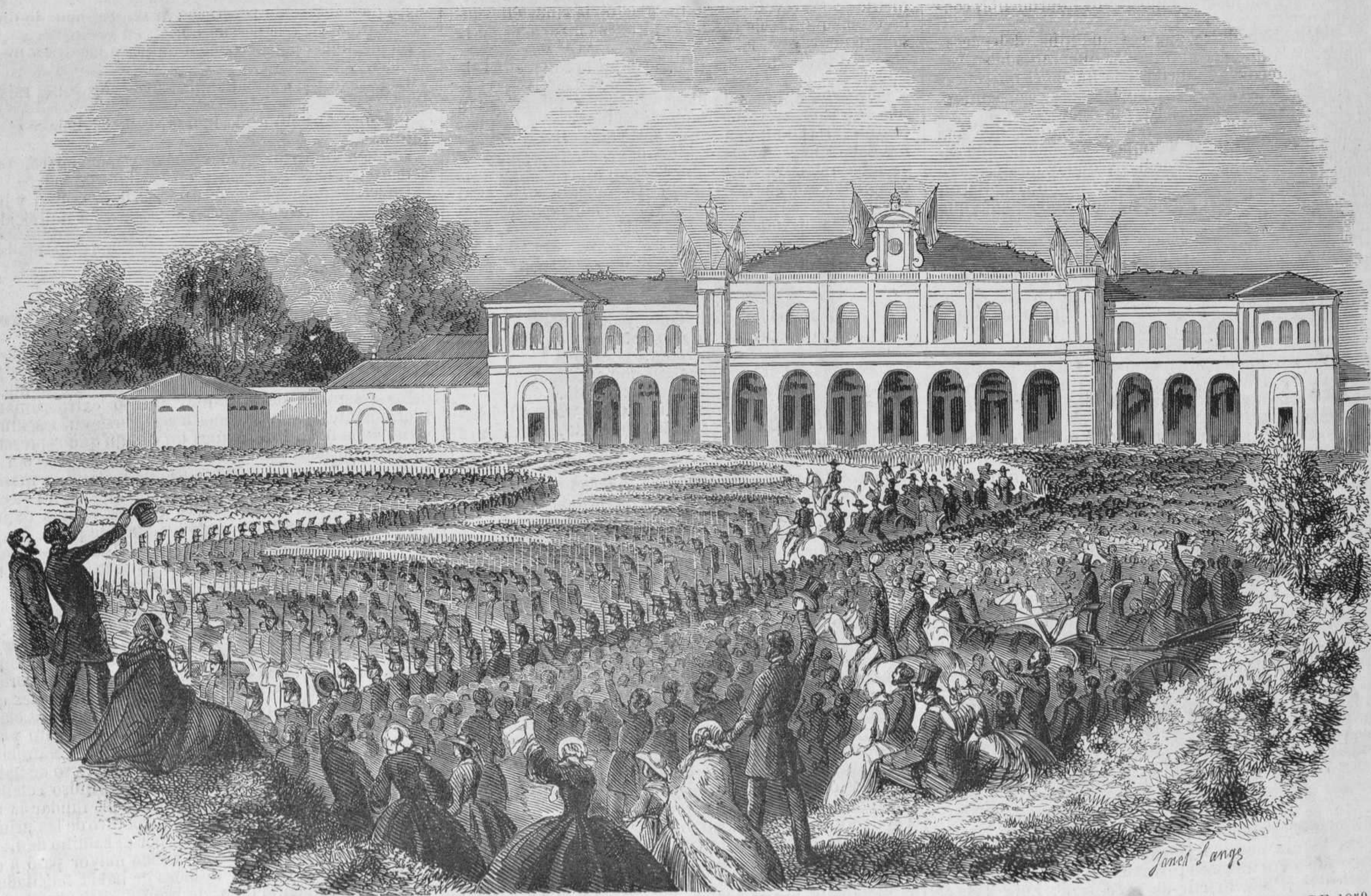


MARINOS FRANCESES SALIENDO DE LOS ALMACENES DE LA FLOTA DESPUES DE RECIBIR SU EQUIPO.

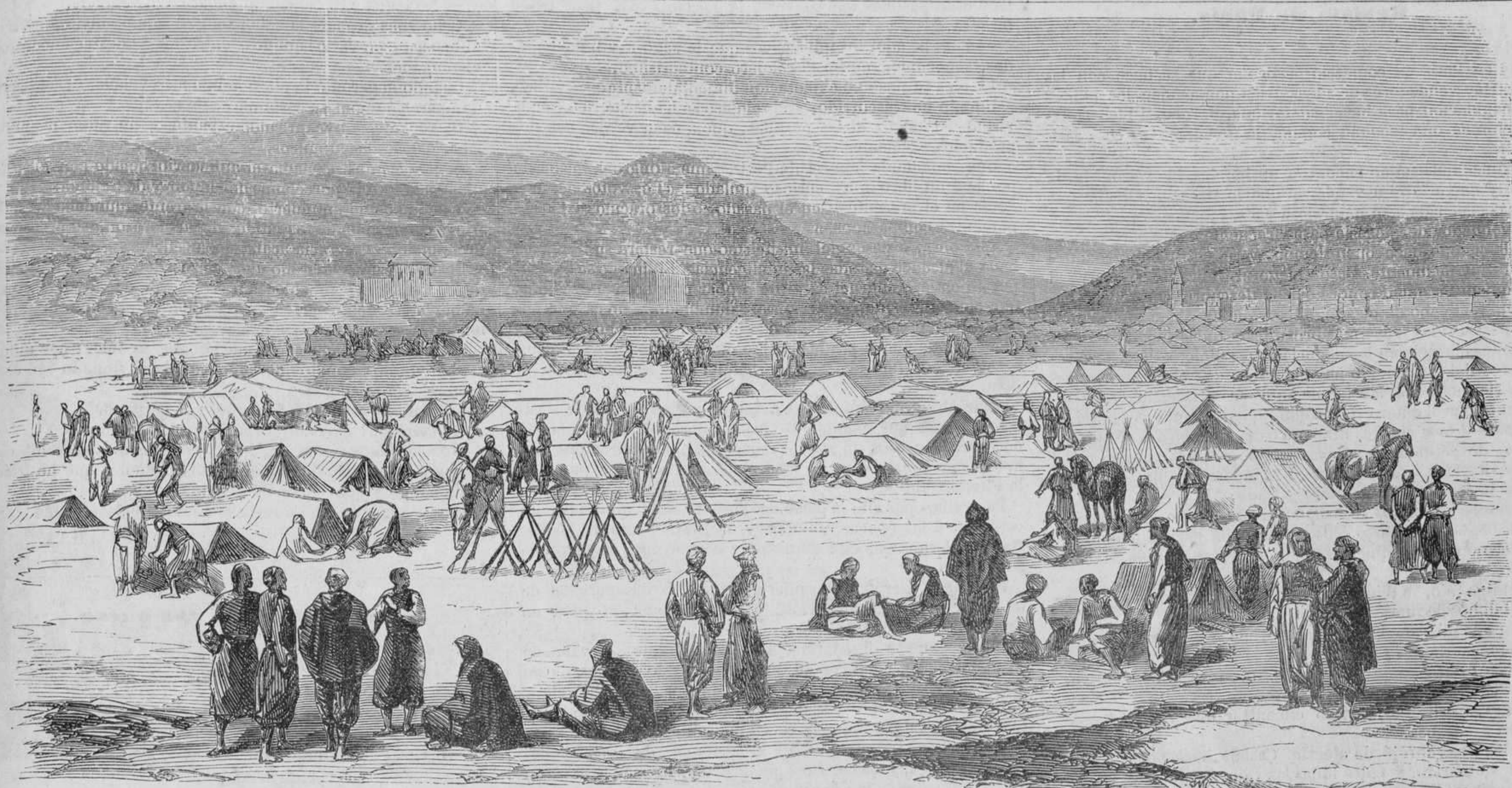
zada con la presencia del rey y de las tropas francesas. Los soldados correspondieron a esta manifestacion aclamando al rey, a la Italia y a la libertad italiana. Zuavo con su equipo de campaña. — Desde los prime-

ros tiempos de la conquista francesa en Africa reunieron en un cuerpo soldados indigenas suministrados principalmente por las tribus kabilas, *zuava*, de donde hicieron zuavos. Despues admitieron en el regimiento

soldados franceses, que poco a poco formaron la mayoria. En cierta época los indigenas solo compusieron la octava compania de cada batallon; por último, el cuerpo se hizo enteramente francés en 1840, aunque al



RECEPCION DE LAS PRIMERAS TROPAS FRANCESES POR EL REY VICTOR MANUEL EN EL EMBARCADERO DEL FERRO-CARRIL DE SUSIA A TURIN, EL 30 DE ABRIL DE 1859.



CAMPAMENTO DE LOS TIRADORES ARGELINOS LLAMADOS TURCOS EN EL VALLE DE POLCEVERA, EN RIVAROLO, CERCA DE GÉNOVA.

mismo tiempo se formaron batallones de tiradores reclutados exclusivamente entre los indígenas. — Hoy los zuavos tienen tres regimientos en Argelia, cada uno de tres batallones, y hay además un regimiento de zuavos de la guardia.

La mayor parte de las celebridades militares de la época han figurado en los zuavos, desde el frío y severo Cavaignac hasta Leroy de Saint-Arnaud, que no tenía seguramente el mismo carácter. Lamoricière y zuavo han sido sinónimos durante mucho tiempo, y no hay duda que Lamoricière es el general zuavo por excelencia.

Hay pocos cerros en Argelia donde no se haya oído la marcha de los zuavos, esa marcha tan popular en la colonia africana.

El zuavo es el soldado de campaña mas duro y experimentado. El dibujo que publicamos nos indica suficientemente los utensilios y provisiones que necesita el zuavo. No ha olvidado el *quart*, tacita de hoja de lata, el *goguenot*, para cocer su *frichti* particular, la marmita del peloton, etc.; sobre su mochila vemos legumbres y medio pan; esto nos demuestra que el soldado no lleva muchas horas de marcha. Y no se crea que hay exageración en la pintura; al contrario, en Africa llevan algunas cosas mas cuando deben acamparse en el desierto; llevan comida para los bueyes, leña para hacer lumbre, y provision de agua.

*Campamento de los tiradores argelinos (turcos) en el valle de Polcevera, en Rivarolo, cerca de Génova.* — Los

turcos como los spahis están formados de elementos indígenas. Poco despues de 1840 se crearon tres batallones de tiradores independientes, uno por provincia, y entre sus primeros comandantes merece particular mencion M. Bosquet, que despues sacó tan buen partido de ellos en la Crimea. Al regreso del ejército de Oriente los tres batallones se convirtieron en tres regimientos.

Los turcos tienen un traje del mismo corte que el de los zuavos, con la diferencia de que todas las prendas son de color azul bajo, con vivos amarillos. Su turbante es blanco, y su cinturón encarnado. El zuavo lleva turbante verde y cinturón azul.

Los turcos han contado también en sus filas una parte de las ilustraciones argelinas, que han figurado alternativamente en los zuavos, en los turcos, en los cazadores y en los ligeros de infantería, así como en los cazadores y los spahis de caballería. Inútil es añadir que los turcos son buenos soldados, y muy propios para la guerra de tiradores, dando con esto un mentís glorioso a los que no quieren reconocer ninguna buena cualidad en la raza árabe.

La llegada de los batallones argelinos a Génova excitó vivamente la curiosidad. Se acamparon en el valle de Polcevera, en Rivarolo, donde fué a visitarlos una muchedumbre considerable procedente de la ciudad de Génova. Además de la vista del campo damos dibujos que suministrarán al lector una idea de la fisonomía de esas tropas.

X.



ZUAVO CON SU EQUIPO DE CAMPAÑA.



TIPO DE TURCOS DEL CAMPO DE RIVAROLO.



TIPO DE TURCOS DEL CAMPO DE RIVAROLO.

## Revista de Paris.

Hay en Paris un comercio particular que se hace con las ideas. Hay vendedores de ideas á los que acuden los pobres de imaginacion para hacer su fortuna, porque si bien la explotacion es una facultad comun, la invencion es cosa rarísima.

La dificultad está en encontrar un hombre bien provisto de ideas, y que acierte á vender al que lo necesita aquella que sea mas adecuada á su naturaleza y á sus recursos.

El vendedor de ideas se pasea frecuentemente por los boulevards cuando hace buen tiempo, y se entra en relaciones con él muy fácilmente. Desde luego el traficante se acerca al parroquiano, á quien conoce ó sabe descubrir con mucha habilidad, y al cabo de diez minutos ya le ha dicho que tiene á su disposicion las ideas mas brillantes y todas inéditas.

Entonces principian las negociaciones diplomáticas, los preliminares del tratado. No hay que creer que el hombre muestra su rica coleccion sin tomar antes sus precauciones, es decir, sin tomar el dinero del prójimo que reclama sus servicios.

Además de los autores dramáticos, los novelistas y los fundadores de periódicos que carecen de ideas y quieren comprarlas, hay muchas personas de la industria y del comercio que las necesitan en un momento dado.

Un relojero de Paris se hallaba el año último en una crisis terrible. Ni los hermosos ojos de su jóven esposa podian disipar la nube de inquietudes que le hacia amarga la existencia.

— Amigo mio, le dijo un dia su mujer, tenemos que pensar cómo salimos de nuestros apuros.

— En ello pienso continuamente, repuso el marido.  
— Necesitaríamos una idea...  
— Justo; necesitamos una idea... una idea que nos salve.  
— ¿Pero es tan difícil de hallar?  
— Muy difícil, tanto como encontrar una mujer buena, hermosa y virtuosa.

La jóven se sonrojó de alegría. Casada hace poco tiempo, adora á su marido, y entre todas las riquezas de su tienda, lo que aprecia mas es la estimacion de su esposo.

La lisonja de su marido la conmovió, y en señal de agradecimiento se puso á buscar una idea.

Habiase quedado sola, y estaba muy pensativa con la frente apoyada en su mano y el codo en el mostrador, cuando entró en la tienda un hombre jóven todavía y vestido elegantemente. Este caballero era casi un parroquiano, y habia proporcionado algunas ventas al relojero.

— ¿Qué es eso? Me parece que está Vd. triste...  
La dama le confesó que andaba buscando una idea que pudiera sacar de apuros á su marido. El comercio estaba paralizado, la venta de relojes muerta, y habia que hacer pagos considerables.

— Sí, exclamó el elegante; comprendo la situacion; es preciso hallar un expediente, una vena de oro.  
— A ver si á Vd. se le ocurre algo.  
— Yo propondria una almoneda; pero los resultados son ruinosos.

— Ciertamente.  
— Como Vd. dice, hace falta una idea, y en este caso no hay mas que un medio.  
— ¿Y cuál es ese medio?  
— El de adquirir lo que hace falta.  
— ¿Una idea!  
— Sí, señora; se compra la mejor de las que se presenten.  
— ¿Pero hay personas que las venden?  
— No hay duda, puesto que hay quien las compra.  
— ¿Y quién puede vender ideas?  
— Un servidor de Vd. He vendido á diez personas que han hecho fortuna rápidamente.

La relojera habria soltado una carcajada si no hubiera tenido tan presente la afliccion de su marido.

Tocó la campanilla y mandó que llamaran á su esposo. Este llegó con presteza, y ella le dió parte de lo que acababa de hablar con su parroquiano.

El relojero entabló conversacion sobre el asunto, y al cabo de un cuarto de hora estaba convencido de que el vendedor de ideas podria suministrarle alguna buena.

— Ante todo la franqueza; ¿cuánto quiere Vd. por su idea?  
— No pongo precio.  
— Le prometo á Vd. mil francos si me saca Vd. del apuro en que me hallo.

— Acepto, contestó el jóven, que conocia la probidad del relojero. Su palabra de Vd. me basta.

— Cuenta Vd. con ella.  
— Pues señor, hé aquí mi idea, que vendo á Vd. por la cantidad de mil francos. Su comercio de Vd. se halla paralizado en el dia; por consiguiente lo que debe Vd. hacer es añadir á él una industria...

— ¿Qué industria? Vamos; aquí están los mil francos.

— Añada Vd. un agua para el cutis y unas pastillas para la tos: son dos cosas infalibles. Calculemos. Mil francos por la idea, mil francos destinados á la fabricacion de un agua aromática para el cutis, perfeccionada, superior á todos los vinagres conocidos; mil francos para la fabricacion de unas pastillas fortificantes, tónicas, estomacales, etc., etc., y siete mil francos de anuncios para dar á conocer al público estos descubrimientos de inmensa importancia. Total: diez mil francos que en el espacio de tres meses le dan á Vd. por lo menos un beneficio de veinte mil francos, limpios de polvo y paja, es decir, el doble. Luego repite Vd. la operacion en mayor escala dos veces cada año. Al cabo de cinco años ha ganado Vd. un millon vendiendo agua del pozo con el aroma de cualquiera planta y pastillas de goma. Entonces cede Vd. su invencion, y hallará Vd. muchos compradores, y se retira Vd. al campo á vivir con su esposa. Hoy para enriquecerse no hace falta ni genio, ni talento, ni tienda de relojería ú otras cosas preciosas, sino que hace falta un agua para el cu-

tis y unas pastillas que suavicen la garganta. Ahí tiene usted mi idea.

— Pues hé aquí los mil francos que le pago á Vd. adelantados, señor mio, repuso el relojero contentísimo.

La idea se puso en explotacion inmediatamente. Un año ha trascurrido, y el relojero se ha hecho rico por la virtud del agua y de las pastillas, que á decir verdad son dos productos excelentes.

Una sonámbula famosa de Paris, Mme Mongruel, acaba de publicar un libro muy curioso titulado: «Los votos del porvenir en el presente y en el pasado, ó los oráculos y los sonámbulos comparados.»

Esta obra, á pesar del misticismo que respira su título, se halla al alcance de todas las inteligencias. El fin que se ha propuesto Mme Mongruel es el de probar con hechos evidentes que el magnetismo, «ese pobre calumniado», no es una falsedad para engañar al vulgo en cuanto á los hechos extraordinarios que puede producir, sino que se ha manifestado con mas ó menos fuerza desde los tiempos mas remotos hasta el dia.

Mme Mongruel compara un crecido número de hechos extraordinarios que cuentan los historiadores de la antigüedad con otros sucesos no menos sorprendentes, afirmados por muchas personas, y en los cuales ella desempeñó el papel de la Pitonisa antigua.

Pasaremos por alto la parte del libro de Mme Mongruel concierne á las épocas remotas, y elegiremos uno de los hechos modernos que cita como muy concluyente en favor de su ciencia.

En 1848 la fueron á consultar acerca de la desaparicion de un obrero honrado y laborioso, y la sonámbula se explicó en estos términos:

— Ese hombre desapareció el sábado último... llevaba en su poder cierta cantidad de dinero, y ha sido víctima de un asesinato y un robo... Le veo salir del taller donde era jefe y dirigirse hácia varias casas, cafés ó tabernas, donde le hicieron tomar un líquido que le causó una embriaguez muy fuerte... cosa fácil, porque no tenia la costumbre de beber. Se detuvo tres veces, y los hombres que le acompañaban, le llevaron hácia las canteras de Charenton... Allí, en un sitio aislado y sombrío, se disputaron, riñeron, y por último le mataron.... Luego le arrastraron por la cantera, y le colgaron de un gancho de hierro con el objeto de figurar un suicidio. Buscadle en las canteras.

Registraron cuidadosamente el lugar designado por la sonámbula; pero solo encontraron un pañuelo que habia pertenecido á la víctima.

Consultada de nuevo Mme Mongruel, exclamó:  
— ¡Ah! ya no le veo en la cantera... le han sacado y han arrojado su cadáver al rio en un lugar donde el agua está muy profunda.

Con hechos de esta naturaleza quiere probar Mme Mongruel la verdad del sonambulismo.

No obstante declara francamente que hay mucha chalataneía en esta ciencia, y para evitar este abuso, propone que se den certificados de aptitud para el ejercicio del sonambulismo, y hé aquí las experiencias á que ella ofrece someterse:

«La sonámbula en presencia de un jurado de doctores, será puesta en contacto con un enfermo traído en secreto: debe hacer el diagnóstico completo de la enfermedad, indicar su punto de partida, los dolores, la duracion de las crisis si las hay, y sus épocas si son periódicas.

» La misma experiencia se repetirá sobre los cabellos de un enfermo ausente.

» Conducida á un anfiteatro á la vista de un cadáver, la sonámbula deberá decir la causa que ha producido la muerte, y deberá indicar los órganos atacados; en seguida los facultativos procederán á la autopsia para conocer el valor de sus indicaciones.»

Veremos si los hombres de ciencia quieren hacer el experimento.

Existe en Paris un anticuario que ocupa todas las piezas del piso que habita con sus colecciones de curiosidades; afable como lo son generalmente éstos señores, concede fácilmente el favor de visitar su museo.

En uno de los cuartos lleno de porcelanas preciosas con pinturas que las dan un valor extraordinario, se ve un cuadro bien cubierto con un cortinaje verde.

— ¿Porqué está ahí esa cortina? preguntan los visitantes: eso encierra algun misterio.

Las mujeres principalmente, que segun dicen, son mas curiosas que los hombres, dan muchas vueltas en torno de ese cuadro velado como atraídas hácia él por una fuerza magnética y le miran por abajo, por los lados, como queriendo desgarrar la cortina con los ojos.

El anticuario acompaña con gusto á las personas que van á su casa, y les da todas las explicaciones que desean acerca de los objetos que admiran en ella; pero hé aquí que al llegar al cuadro, notando el movimiento poco disimulado de la curiosidad femenina, responde con palabras evasivas, como si quisiera excitar mas y mas esa curiosidad indiscreta.

A veces lleva mas adelante la malicia. Cuando llegan ante el cuadro velado, toma un pretexto y se va á otra pieza. La mujer que se queda sola en presencia del cuadro tentador, suele alzarse de puntillas y acaba por descorder el velo... Lo que se ve en el cuadro lo ignoramos; pero lo cierto es que ninguna puede pararse á mirarle, pues apenas toca al cortinaje, se pone en movimiento una campanilla sonora que repiquetea fuertemente durante cinco minutos, sin que ningun esfuerzo pueda lograr entre tanto el correr de nuevo la cortina.

El pérfido anticuario se presenta entonces tosiendo como si no hubiera advertido nada, y se divierte para sus adentros con el aire confuso de la hija de Eva, cuyo rostro toma sucesivamente los colores del arco iris.

Un dia que habia tenido lugar esta escena por la centésima vez, un jóven que acompañaba á una señora que habia caído en el lazo, la dijo:

— No tenga Vd. cuidado, quedará Vd. vengada.

Ocho dias despues la señora en cuestion volvía á casa del anticuario con varios amigos, entre los cuales se encontraba el vengador.

Cuando llegaron á la pieza del cuadro velado, el anticuario desapareció segun su costumbre.

De repente se oye un ruido espantoso, un ruido de porcelanas que se hacen añicos.

— ¡Dios mio! exclama el anticuario helado con el susto: me han roto mis porcelanas del Japon y de Sajonia.

Y pálido como un muerto, con la frente inundada de sudor frío y comprimiendo los latidos de su corazon, se presenta y pregunta qué desgracia acaba de suceder.

El suelo está sembrado de pedazos de porcelana. No hay duda, lo mejor de mi coleccion está perdido: sin fuerzas para quejarse, se deja caer sobre un sillón en el colmo del abatimiento.

Entre tanto la dama se reia de aquel gran dolor; por último al cabo de dos minutos de angustia, el infortunado oyó estas palabras consoladoras:

— Vamos, serénese Vd.; la pérdida es pequeña.  
— ¡Pequeña! exclamó levantándose de un brinco.

— Seguramente, vea Vd.; esos pedazos de porcelana corresponden á media docena de platos comunes que he traído ocultos aquí y que se me han caído.

El anticuario se echó á reir: la condesa estaba vengada.

MARIANO URRABIETA.

## A otro can con ese hueso.

LETRILLA.

Al que me diga:  
«No quiero empleos,  
» Aunque recursos  
» Apenas tengo,  
» Porque la patria  
» Es lo primero,  
» Y yo no gravo  
» Los presupuestos;»  
Yo le diria:  
No me hable de esto,  
Vaya á otros canes  
Con ese hueso.

Viuda que lleva  
Su negro velo;  
Pero que ostenta  
Por el paseo  
Su bello rostro,  
Su talle esbelto,  
Asegurando  
Que su deseo  
Es llevar siempre  
Su velo negro,  
Vaya á otros canes  
Con ese hueso.

El que se piensa  
Que voy subiendo  
Y me atosiga  
Con cumplimientos,  
Haciendo alarde  
De sus obsequios;  
Y cuando llegan  
Los malos tiempos  
Tórnase adusto,  
Me esquiva el cuerpo...  
Vaya á otros canes  
Con ese hueso.

Al que blasona  
De juicio recto,  
Y marcha siempre  
Tieso que tieso,  
Mirando á todos  
Con menoscprecio,  
Cuando se sabe  
Que es un mastuerzo...  
Yo le diria:  
Bien te comprendo,  
Vete á otros canes  
Con ese hueso.

A las muchachas  
Que al jubileo  
Quieren ir solas  
En todos tiempos,  
Pues se distraen  
Solás no yendo,  
Y yendo solas  
Hacen sus rezos;  
Yo les diria:  
Mamadme el dedo,  
Id á otros canes  
Con ese hueso.

El que asegure  
Que suegras, yernos,

Nueras, cuñados,  
Padrastras fieros,  
Tutores pécoras,  
Pupilos diestros,  
Desavenencias  
Nunca tuvieron,  
Viviendo todos  
Bajo de un techo...  
Vaya á otros canes  
Con ese hueso.

Mujer que tiene  
Cónyuge honesto  
(Pues con ser pobre  
Ya lo es de hecho);  
Si ella es celosa  
Le da tormento,  
Y él la sacude  
Cuatro voleos,  
Que no me venga  
Llorando luego.  
Vaya á otros canes  
Con ese hueso.

El prestamista  
Que en otro tiempo  
Compró tres casas,  
Viñas y un huerto,  
Y á todo el mundo  
Le va diciendo  
Que nunca ha sido  
Cruel usurero;  
Yo le diría:  
¡Calla, perverso!  
Vete á otros canes  
Con ese hueso.

### ¿Qué me importa?

#### LETRILLA.

Que el pollo presumido  
Que va por el paseo,  
Se juzgue ya un cupido  
(De orgullo estando feo),  
Y sabio, aunque es borrico,  
Tan solo porque es rico  
Y tiene tilburí...  
Me importa poco á mí.

Que á todos tenga en jaque,  
Aquella semi-abuela,  
Que lleva un miriñaque  
Con dos piezas de tela,  
Y luce cien postizos  
De dientes y de rizos  
Y joyas de rubí...  
Me importa poco á mí.

Que sin saber la f  
(No siempre ha de ser a),  
Critique un mequetrefe  
A todo el mundo ya,  
Mostrando en sus borrones  
Sus malas intenciones,  
Su genio baladí...  
Me importa poco á mí.

Que aquel impertinente  
En tono campauado  
Blasone de valiente,  
Se quiera comer crudo  
A todo ser humano  
Humilde, que á la mano  
Encuentre por ahí...  
Me importa poco á mí.

Que aquel á quien fortuna  
Amiga le sonría,  
Olvide ya su cuna  
Y necio se me engría,  
Tal vez no recordando  
Que de hambre bostezando  
Un día yo le ví...  
Me importa poco á mí.

Que todo un estantigua  
Como hay muchos que noto,  
Teniendo muy exigua  
Piedad, se haga el devoto,  
Y finja santa calma  
Mientras le pinza el alma  
Soberbio frenesí...  
Me importa poco á mí.

Que nulas medianías  
Se vayan encumbrando,  
Y luego, en sus porfias,  
Cayendo y tropezando,  
Demuestren al momento  
Que tiene mas talento  
Un pobre maniquí...  
Me importa poco á mí.

Que algun lector severo  
Se venga en este instante  
Pidiéndome de Homero  
La lira resonante,  
Sin ver que es muy sencilla  
Y humilde esta letrilla  
Que á escape yo escribí...  
Me importa poco á mí.

Que yo generalice  
Mi tema, y vaya andando,  
Y acaso me deslice,  
Del mundo recordando  
La pérdida impostura,  
Y venga la censura  
Diciéndome: ¡alto ahí!...  
Me importa poco á mí.

M. CARRILLO DE ALBORNOZ.

### El estado mayor general de los ejércitos franceses.

Al dar los retratos de los oficiales generales entre quienes se ha repartido el mando de las fuerzas de la Francia, creemos interesante añadir á cada uno de ellos una corta noticia biográfica.

El mariscal Magnan, comandante del ejército de París, nació en París en 1791. En un principio se dedicó al foro, pero cediendo al movimiento belicoso de la época, renunció á sus estudios y se alistó en un regimiento de línea en 1809. Alcanzó el grado de teniente en 1811, y el de capitán en 1813, y en calidad de tal hizo la campaña de España. En breve pasó á la guardia imperial, y hasta la paz de París tomó una parte activa en la guerra. En 1815 entró en la guardia real, y en 1817 fué nombrado comandante de batallón. En 1823 pasó á España, y en 1827 fué nombrado coronel. En 1830 fué destinado á Argelia. De regreso en Francia quedó de reemplazo por haber parlamentado con los obreros de Lyon en un motin que estaba encargado de reprimir. Entonces pasó á Bélgica y entró al servicio del rey Leopoldo con el grado de general de brigada. Mas tarde volvió á Francia con el mismo grado, y se vió comprometido en lo de Boulógne, pero salió libre de la acusación. En 1843 alcanzó el grado de teniente general, y por último fué nombrado mariscal de Francia despues del golpe de Estado del 2 de diciembre, al que contribuyó con mucha energía.

El mariscal Pelissier, duque de Malakoff, comandante del ejército de observación en Nancy, nació en Maromme (Sena inferior) el 6 de noviembre de 1794. Educado en el colegio de la Flèche y en Saint-Cyr, salió de esta escuela con el grado de alférez de artillería de la guardia real en 1815. De las hojas de servicio del mariscal resultan las promociones y las campañas siguientes: 1820, teniente en el 35º de línea; 1823 campaña de España; 1828, capitán, campaña de Morea; 1830, comandante de escuadrón, campaña de Africa. En 1832 fué empleado en el depósito de la guerra, y de 1834 á 1837 lo estuvo en la plaza de París. En 1839 pasó de nuevo á Argelia, y asistió á la batalla de Isly. Mariscal de campo en 1846 y general de division en 1851, fué encargado interinamente del gobierno de la Argelia, y con su actividad firmó y sus medidas vigorosas hizo se aceptara en la colonia la resolución del 2 de diciembre. Designado en 1853 para tomar el mando del ejército de Oriente, en reemplazo del general Canrobert, tuvo el honor de terminar felizmente la campaña de Crimea.

El mariscal de Castellane, comandante del ejército de Lyon, nació en París en 1788. Una naturaleza activa y ardiente le inclinó al oficio de la guerra. En 1804 entró en el ejército de simple soldado, y pasó sucesivamente por todos los grados de la jerarquía militar. En 1806 era alférez de dragones, é hizo la campaña de Italia. En 1808 fué nombrado teniente en la campaña de España. En 1809 pasó á Alemania, y fué condecorado en Wagram. Capitán en 1810 formó parte de la expedición de Rusia en calidad de edecan del conde Lobau. En Moscú obtuvo el grado de comandante de escuadrón. En 1813 recibió el mando de los guardias de honor con el grado de coronel. M. de Castellane se adhirió á la restauración. En 1822 obtuvo el mando del regimiento de los husares de la guardia real, y pasó á España en 1823. Nombrado general de brigada en 1831 asistió al sitio de Amberes. Teniente general al otro año obtuvo el mando del ejército de los Pirineos. Elevado á la dignidad de par de Francia en 1837, estuvo algun tiempo con el ejército de Africa. En 1848 reprimió vigorosamente un movimiento revolucionario en Ruan, y en 1851 fué nombrado comandante de Lyon y senador. En 1852 fué elevado á la dignidad de mariscal de Francia.

El mariscal Baraguey-d' Hilliers, comandante del primer cuerpo del ejército de los Alpes, se educó en el colegio militar; salió de alférez en 1813, y recibió una

herida en la muñeca en la batalla de Leipsick. Capitan en 1815 pasó al servicio de la restauración. En 1827 obtenía el grado de teniente coronel, y en 1830 formó parte de la expedición contra Argel, donde alcanzó el grado siguiente. En 1832 fué nombrado segundo comandante de la Escuela de Saint-Cyr, general de brigada en 1836, y comandante en jefe de la misma escuela, destino que desempeñó hasta 1840, época en que dejó su mando para pasar á Argelia. En 1843 fué promovido al grado de teniente general, y quedó de reemplazo al año siguiente. En 1848 obtuvo el mando militar de Besançon, y fué nombrado diputado por el departamento del Doubs. En la cámara fué uno de los mas celosos defensores del orden; se adhirió á la política que produjo el triunfo de las ideas napoleónicas, y reemplazó al general Changarnier en el mando del ejército de París. Investido de la confianza del emperador fué encargado en 1855 de la expedición del Báltico, que terminó con la toma de Bomarsund. Este triunfo le valió la dignidad de mariscal de Francia.

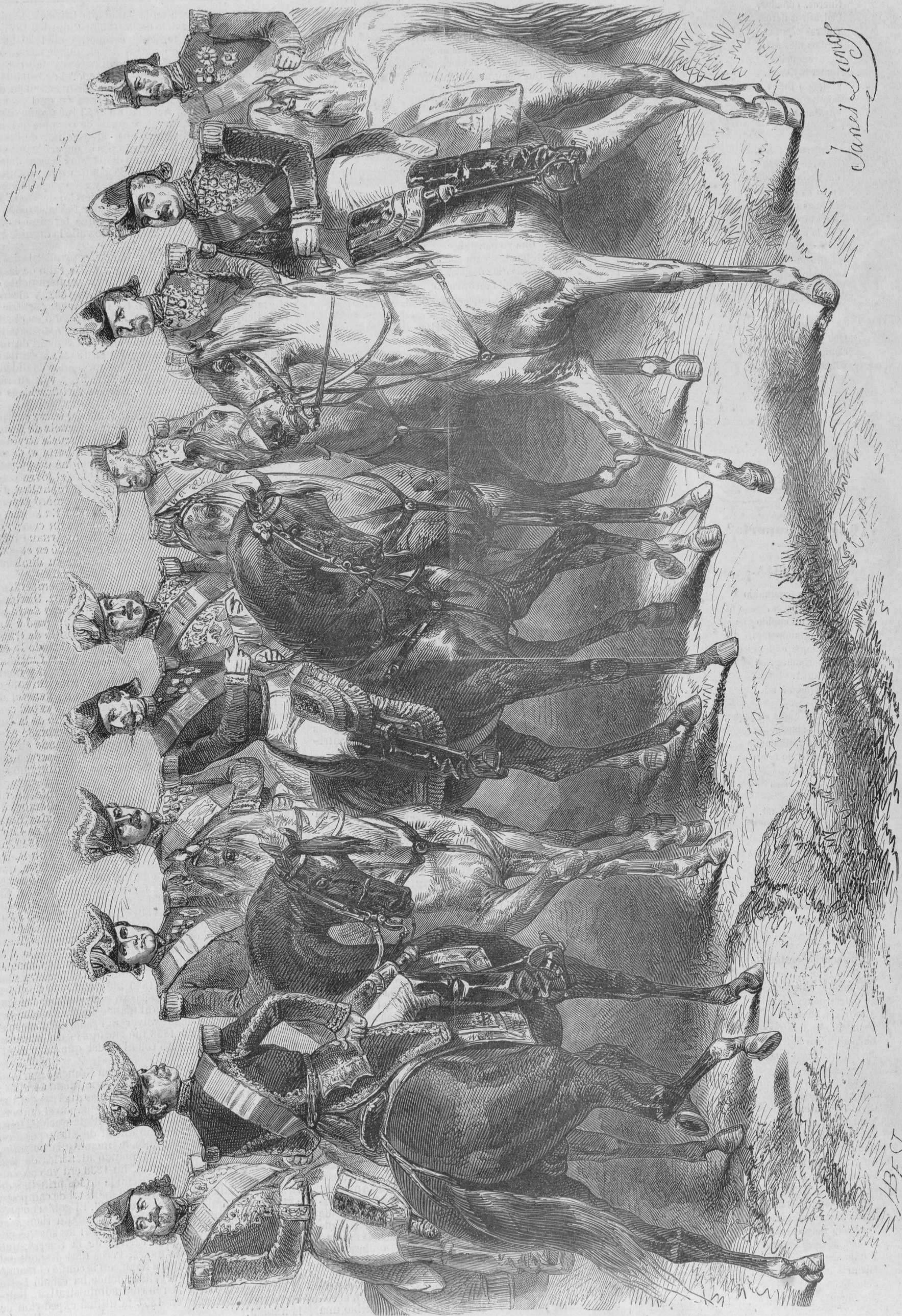
El general de division Mac-Mahon, comandante del segundo cuerpo, nació en Autun en 1807; salió de la Escuela de Saint-Cyr en 1825, y sirvió primeramente en Argelia. Hizo la campaña de Bélgica en 1832, y alcanzó el grado de capitán en 1833. En 1837 formó parte de la expedición contra Constantina, se distinguió en el sitio de esa plaza, y fué nombrado comandante de batallón poco tiempo despues; coronel en 1845, general de brigada en 1848, y teniente general en 1852. La campaña de Crimea puso en evidencia las eminentes cualidades de ese general; gracias á su intrepidez y á su rara energía, se tomaron las formidables fortificaciones de la torre Malakoff.

El mariscal Canrobert, comandante del tercer cuerpo, es de la Bretaña. Fué admitido en la escuela de Saint-Cyr en 1823, y desde su salida de la Escuela sirvió en Argelia, donde alcanzó todos los grados hasta el de coronel. En 1849 la toma de Zaatcha, que fué un glorioso hecho de armas, llamó la atención sobre el joven coronel. Napoleon, entonces presidente de la república, distinguió al valiente oficial, y en 1850 le nombró general de brigada, y general de division en 1853. En la guerra de Oriente el general tuvo á sus órdenes un cuerpo de ejército, y á la muerte del mariscal Saint-Arnaud tomó el mando en jefe. Las dificultades que halló en el ejercicio de sus funciones le obligaron á dar su dimisión. En 1856 fué nombrado mariscal de Francia.

El general de division Niel, edecan del emperador, comandante del cuarto cuerpo, nació en 1802. Discipulo de la escuela politécnica, entró en el cuerpo de ingenieros. Teniente en 1827 y capitán en 1831, pasó á Argelia y contribuyó á las operaciones del sitio de Constantina. Fué nombrado coronel en 1846. Cuando la expedición de Roma en 1849 fué encargado de las funciones de comandante de estado mayor de ingenieros, y nombrado general de brigada por sus servicios durante el sitio. En 1853 fué promovido al grado de general de division. El general Niel formó parte de la expedición del Báltico, y dirigió las operaciones del sitio de la ciudadela de Bomarsund. A su regreso fué nombrado edecan del emperador, y designado para el mando en jefe de ingenieros del ejército de Oriente que operaba delante de Sebastopol, funciones en que se distinguió sobremedera.

S. A. I. el príncipe Napoleon, comandante de un cuerpo separado, nació en Trieste el 9 de setiembre de 1822. Pasó su juventud en Florencia y en Suiza hasta 1835, época en que entró en la escuela militar de Luisburgo (Wurtemberg). Al salir de la escuela en 1840, no quiso servir porque no figurase el nombre de un Bonaparte en un ejército extranjero. Prefirió los viajes, que fueron para él una fuente de instrucción; visitó sucesivamente la Alemania, la Inglaterra y la España. En 1847 su familia obtuvo del gobierno de Luis Felipe un permiso temporal para residir en Francia, y vino á París donde se hallaba aun cuando estalló la revolución de 1848. El príncipe corrió uno de los primeros á ofrecer sus servicios al gobierno provisional. Fué enviado á la Asamblea nacional como representante de la Córcega, y figuró en aquella asamblea entre los miembros mas ádictos á la república. En 1849 fué nombrado ministro plenipotenciario en Madrid; pero poco despues fué llamado á Francia. Nombrado al mando de una division del ejército de Oriente debió volver á Francia por el mal estado de su salud. En 1858 fué encargado del ministerio de la Argelia y de las colonias, del que hizo dimisión en 1859.

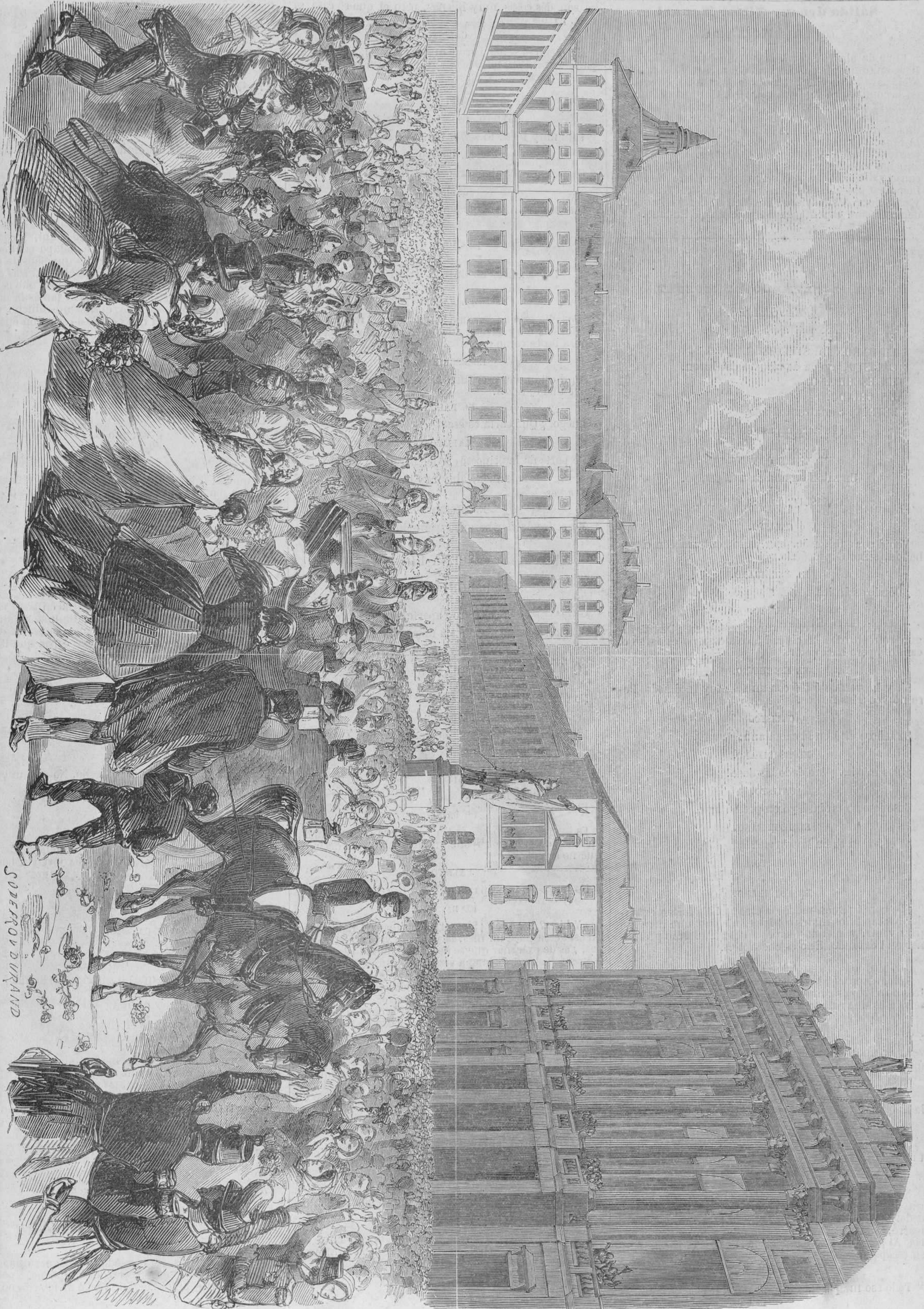
El nuevo ministro de la Guerra en Francia, mariscal Randon, conde y senador del imperio, tiene 64 años; nació en Grenoble. Alcanzó las últimas guerras del imperio, habiendo llegado á ser capitán cuando el efímero reinado de los Cien días. Durante la Restauración, Randon estuvo oscurecido como oficial de filas; pero en cambio fué mimado durante la monarquía de julio, cuyo gobierno ya en 1830 le mandó al Africa de jefe de un escuadrón de cazadores. En 1838 era ya coronel. Su bizarría y la protección decidida de los príncipes de Orleans, le valieron el empleo de mariscal de campo en 1841 y el de teniente general en 1847. El gobierno provisional de la república le confió por algun tiempo el mando superior de la colonia, y en 1851 los sucesos políticos le proporcionaron la cartera de la Guerra, que desempeñó tan solo diez meses. Pocos dias despues del golpe de Estado, el príncipe Napoleon le confió el mando supremo de la colonia argelina, donde ha estado hasta el año pasado, hasta la reforma administrativa. Randon á llevado á cabo en 1857 la última expedición de la Kabília.



ESTADO MAYOR GENERAL DE LOS EJÉRCITOS FRANCESES SEGUN LA REPARTICION ORDENADA EL 22 DE ABRIL DE 1839.

- El príncipe Napoleón.
- El mariscal Baraguet-d'Hilliers.
- El mariscal Randon.
- El m'arque de Malakoff.
- El general Mac-Mahon.
- El mariscal de Castellane.
- El mariscal Magnan.
- S. M. el Emperador.





EL REY DE CERDEÑA ACOMPAÑADO DEL MARISCAL CANROBERT Y DEL GENERAL NIEI, SALIENDO DE TURIN CON DIRECCION AL DORA.

SOBERANO DURAND

**Salida del rey Victor Manuel**

CON DIRECCION AL DORA.

El 29 de abril el rey Victor Manuel pasó de Turin al Dora en compañía del mariscal Canrobert y del general Niel, para inspeccionar las obras de defensa ejecutadas en la confluencia del Dora y del Pó. Una muchedumbre inmensa acudió á ver al rey. Desde el palacio real hasta la estacion del camino de hierro Victor Manuel hizo una marcha triunfal. Los gritos de ¡Viva el rey! ¡Viva la Francia! salian de todas las bocas, y una emocion patriótica agitaba todos los corazones. En medio de aquellas manifestaciones de amor y de respeto, el rey conservaba la calma y la serenidad que han hecho su fuerza en presencia del Austria. El mariscal Canrobert y el general Niel tuvieron tambien su parte en aquella demostracion espontánea del patriotismo italiano.

**BETINA**

POR M. ALFREDO DE MUSSET.

PERSONAJES.

EL MARQUÉS STEFANI.

EL BARON DE STEINBERG.

CALISTO, ayuda de cámara del baron.

UN ESCRIBANO.

UN CRIADO.

BETINA, cantatriz italiana.

(La accion pasa en Italia.)

**ESCENA PRIMERA.**

Un salon en una casa de campo.

CALISTO, EL ESCRIBANO.

CALISTO.

Venid por aquí, señor escribano; entrareis en el pabellon, señor Capsucéfalo.

EL ESCRIBANO.

¿Dónde están los novios?

CALISTO.

Tendreis que esperar algunos instantes. ¿Deseais algun refresco? De la ciudad á esta casa no es largo el camino, pero hace calor.

EL ESCRIBANO.

Sí, y he venido á pié con un sol muy incómodo. Pero no veo á los novios.

CALISTO.

La señora está en la cama aun.

EL ESCRIBANO.

¡Dios mio!... ¡Han dado las doce!

CALISTO.

Entonces no tardará ya en presentarse.

EL ESCRIBANO.

¿Y el baron se ha levantado?

CALISTO.

Está de caza.

EL ESCRIBANO.

¡De caza! ¡Buen modo de casarse! Me hacen extender los capitulos matrimoniales, me dan una hora fija para venir, y cuando llego, la señora duerme y el señor está cazando. Esto es chocante...

CALISTO.

Señor Capsucéfalo, debeis tener presente que nosotros no vivimos como todo el mundo. Ya sabeis que la señora es una artista...

EL ESCRIBANO.

Ilustre cual ninguna, canta divinamente... A decir verdad, no he tenido el gusto de oirla, pero todos lo dicen.

CALISTO.

Así es; la noche pasada ha cantado hasta las tres de la mañana; ¿sois aficionado á la música?

EL ESCRIBANO.

La tengo aquella aficion que es compatible con mis funciones. ¿Habia gran reunion aquí, mucha gente?

CALISTO.

No, estaban los dos solos, ella y el baron, y se dieron un gran concierto; no es la primera vez que esto sucede. La señora tomó esa costumbre desde que dejó el teatro, y si no canta, no se acuesta, porque no dormiría. Al amanecer se metió en la cama, y el baron tomó su escopeta.

EL ESCRIBANO.

Todo eso me parece muy extraño; la caza y la música

son dos cosas muy buenas, pero el que se casa se casa. ¿Y los testigos?

CALISTO.

Ha dicho el señor baron que los traeria. Un poco de paciencia... (Sale un criado.) ¿Qué me quieren?

EL CRIADO.

Una carta de la princesa.

CALISTO, tomando la carta.

Está muy bien. El señor baron ha salido.

EL CRIADO.

Un hombre á caballo espera la respuesta.

CALISTO.

Que espere... ¡Ah! hé aquí el señor baron.

**ESCENA II.**

LOS MISMOS, EL BARON DE STEINBERG.

EL BARON.

¡Todavía está en la cama! ¡qué pereza! Buenos días, Céfalo, sois muy exacto, y yo tambien lo soy; pero la señora no es como nosotros.

EL ESCRIBANO.

Aquí están las escrituras, señor baron; si quereis echar una ojeada...

EL BARON.

Luego. ¿Qué carta es esa?

CALISTO.

De parte de la princesa, señor baron.

EL BARON, abriendo la carta.

Veamos.

EL ESCRIBANO.

Me retiro, señor baron, esperando vuestras órdenes.

**ESCENA III.**

EL BARON, CALISTO.

CALISTO, aparte.

Si es otro convite, vamos á tener borrasca.

EL BARON, leyendo.

¿Qué dices entre dientes?

CALISTO.

No digo nada, señor baron.

EL BARON.

Intervienes en cosas que no te importan, Calisto, y pretextando una discrecion que te falta, te das un tono que no me gusta: te lo digo para tu gobierno.

CALISTO.

Sin embargo, la discrecion...

EL BARON.

Es buena cuando no es fingida; pero es muy mala cuando con ella se supone que hay algo que decir, y que no se dice.

CALISTO.

No tengo yo la culpa de que la princesa...

EL BARON.

¿Y bien?... ¿qué? ¡Siempre la princesa! Habitamos en esta casa hace un mes, la princesa vive á cuatro pasos, ¿es de extrañar que se hayan establecido entre nosotros relaciones de buena vecindad, y que seamos amigos? Aquí no estamos en Paris, donde la gente vive diez años en la misma casa sin saludarse cuando se encuentra en las escaleras; ni en Londres, donde no se advierte al vecino que se le ha caido la cartera del bolsillo, si antes no ha sido presentado con todas las reglas. Estamos en Italia, donde las costumbres son francas y libres, y se hallan exentas de esa altanería inventada por el orgullo tímido para que las personas se aburran á mas y mejor; estamos en un país hospitalario donde se disfruta de una libertad encantadora, donde se hacen los amigos con un saludo, y donde el mal humor es tan raro como el mal tiempo.

CALISTO.

El señor baron toma las cosas por donde queman. Las reflexiones de un pobre diablo no merecen ocupar la atencion de nadie.

EL BARON.

¿Y qué reflexiones son esas? Dime tu pensamiento.

CALISTO.

Poco tengo que decir... lo único que se me ocurre es que cuando vais á pasar todo un dia con la princesa, mi señora se pone triste.

EL BARON.

¿Eso es todo?

CALISTO.

Nada mas sé; pero confieso...

EL BARON.

¿Qué?

CALISTO.

Nada, no es nada.

EL BARON.

Habla, yo lo mando.

CALISTO.

Confieso que lo siento mucho... la señora os ama de veras.

EL BARON.

¡Ah!

CALISTO.

Si, señor, os quiere muchísimo. Si supierais cuántas preguntas me hace cuando no estais aquí, y cuántos regalitos me pone en la mano de tiempo en tiempo, para tratar de saber lo que decis, lo que pensais en el fondo de vuestro corazon... si la amais... si sois constante... Me acusais de charlatan... quisiera que la preguntárais cómo hablo de mi amo, y si jamás la menor indiscrecion... Por eso digo que siento mucho verla triste... pero en fin, ya que os vais á casar con ella...

EL BARON.

¡Calisto!...

CALISTO.

¿Qué quereis, señor?

EL BARON.

Ese matrimonio...

CALISTO.

¿Y bien?...

EL BARON.

Sé que mi palabra está empeñada... No lo reflexioné, no quise tomar tiempo para reflexionarlo, me dejé arrastrar, ó mejor dicho, yo mismo me engañé... Cedi á la loca pasion que la tenía...

CALISTO.

¡Ay, señor!

EL BARON, levantándose.

Calla. Betina es hechicera; con su talento y con su fama, en medio de todos los placeres y de todas las seducciones que rodean á una cantatriz en boga, supo vivir de tal modo que ni aun la calumnia se atrevió con ella, y es la virtud personificada. Seguramente, si nada se opusiera, no habia otra mas capaz que Betina de hacer la felicidad de un hombre, pero...

CALISTO.

Señor baron, si es así... ¿porqué?

EL BARON.

¿Tú lo preguntas? ¿Sabes lo que es casarse con una cantatriz?

CALISTO.

No lo sé por mí, pero lo sospecho. No obstante, me parece...

EL BARON.

¿Qué?

CALISTO.

Que si os casárais con ella todo marcharia divinamente. Creo que hay ejemplos... Es jóven y bonita; tiene intacta su reputacion de mujer virtuosa; es rica, lo sois tambien...

EL BARON.

¿Tú lo crees?

CALISTO.

¡Sois tan generoso!

EL BARON.

Otra prueba mas de que no soy rico. Lo he sido, pero ya no lo soy.

CALISTO.

¿Qué decis, señor baron?

EL BARON.

Lo que oyes. Cuando solo me gustaban los placeres, no conté lo que me costaban mis locuras, ni me acuerdo de ello; pero cuando el amor penetró en mi corazon, fué diferente; entonces comenzó mi ruina. Nada cuesta mas caro que las mujeres que nada cuestan... Y despues el juego...

CALISTO.

¿Seguis con la manía?

EL BARON.

Ayer mismo he jugado...

CALISTO.

¿En casa de la princesa? ¿Y habéis perdido?

EL BARON.

Quinientos luis. No es eso lo que me arruina; mañana pagaré mi deuda y espero desquitarme... pero te repito que estoy arruinado, no tengo un cuarto, no tengo de que vivir.

CALISTO.

Si eso fuera cierto, yo poseo algunos ahorros...

EL BARON.

Gracias, aun no me hallo en ese caso. No has comprendido lo que quiero decir... Habiendo perdido casi toda mi fortuna...

CALISTO.

Justamente viene bien...

EL BARON.

El matrimonio, ¿no es verdad? Otros y no tú podrian darme ese consejo, y otros y no yo podrian seguirle. Ahí tienes el motivo, la razon que me obliga á dejar á Betina, razon que es imposible declarar, y que no puede olvidarse.

CALISTO.

¿Dejarla! ¿Seria cierto?

EL BARON.

¿Y qué quieres que haga? Mi idea era sacarla del teatro cuando me casara con ella; pero ahora... ¿qué es eso?

## ESCENA IV.

LOS MISMOS, UN CRIADO.

EL CRIADO.

Es una tarjeta para la señora.

EL BARON.

No se ha levantado aun.

EL CRIADO.

Me parece... *(Se oye cantar entre bastidores.)*

EL BARON.

Es verdad; ¿de quién es la tarjeta?... ¡El marqués Stefani!... No conozco.

EL CRIADO.

Es un caballero que se está paseando en el jardín.

EL BARON.

¿En el jardín!

EL CRIADO.

Desde aquí se le ve junto al estanque... está mirando los pececillos de colores.... Dice que viene de muy lejos...

EL BARON.

Pero en fin, ¿qué quiere?

EL CRIADO.

Quiere ver á la señora...

EL BARON, aparte.

¡Stefani!... Recuerdo ese nombre. *(Alto.)* Calisto, ¿no es aquel Stefani de que se hablaba tanto en Florencia?

CALISTO.

Sí, señor... es decir, lo creo...

EL BARON.

Es el mismo, le reconozco. Un aficionado á los bastidores, que se dice inteligente en música y gran admirador de Betina.

CALISTO.

Es un hombre riquísimo, un gran personaje.

EL BARON.

Sí, un noble que ha hecho el comercio como los antiguos venecianos; pero no es seguro que su entusiasmo por Betina se haya encerrado en los límites de la admiración. Dirás á Betina que la suplico no reciba á ese hombre. Voy á salir y volveré luego.

CALISTO.

No juguéis mas, señor baron.

EL BARON.

Haz lo que te mando; ¿has oido? *(Vase)*

CALISTO.

Sí, señor.

## ESCENA V.

CALISTO, EL ESCRIBANO, luego BETINA.

CALISTO, aparte.

Malo, muy malo se pone esto. ¡Pobre jóven, tan buena y tan bonita!

EL ESCRIBANO.

Hace rato ya que estoy en el pabellon y no veo á los novios.

CALISTO.

Luego, luego, señor escribano.

EL ESCRIBANO.

¿Y los testigos?

CALISTO.

Ya os he dicho que los traeria el señor baron.

BETINA, llega cantando.

¡Oh! ¡el escribano!... Buenos dias, mi querido amigo; ¿traes los papelotes?

EL ESCRIBANO.

Sí señora, están corrientes los capítulos matrimoniales. He dejado en blanco las sumas que no se han estipulado.

BETINA.

No estipularás gran cosa, aun cuando cuentes todos mis tesoros. ¿Has visto á Filippo Valle, mi agente de negocios? El te habrá desengañado.

EL ESCRIBANO.

¡Como! El señor baron pasa por un hombre riquísimo.

BETINA.

Yo nada sé; ¿dónde está?

CALISTO.

Ha salido y vuelve al momento.

BETINA.

¡Salir ahora! ¿estás soñando?

CALISTO.

Señora...

BETINA.

Anda á buscarle. — Capsucéfalo, esperanos en el pabellon.

EL ESCRIBANO.

Voy, señora. *(A Calisto.)* ¡Las grandes artistas tienen cosas que encantan. ¿Has observado como me tutea?

CALISTO.

Siempre que está contenta hace lo mismo.

EL ESCRIBANO.

¡Hum! ¿Y el prometido refresco?

BETINA.

Es verdad. *(A Calisto.)* ¿En qué piensas?

CALISTO.

Señora, lo habia olvidado.

BETINA.

Pronto, saca limones, azúcar, agua fresca, ó chocolate ó café... No; quizá tiene apetito... saca un frasco de moscatel y un buen plato de macarrones.

EL ESCRIBANO.

Señora, mil gracias... *(Se retira con muchas ceremonias.)*

BETINA, á Calisto.

Pero ¿qué haces? te he dicho que vayas á buscar al baron... mírale, está en el jardín.

CALISTO.

No es él, señora.

BETINA.

¿Quién es? ¡Ah! ¡Qué día tan dichoso!... ¡Stefani! ¡Mi querido Stefani!... ¿Hace mucho tiempo que está allí?... Dile que venga, despáchate.

CALISTO.

Sin duda os ha visto, pues se dirige hácia la puerta; pero debo advertiros que el señor baron...

BETINA.

¡Dios mio! ¡Qué dicha!... pero, ¿qué es eso del baron?

CALISTO.

Que me ha mandado...

BETINA.

Habla pues.

CALISTO.

Me ha mandado os suplique...

BETINA.

¿Cuándo acabarás con tus frases!

CALISTO.

Que no recibais á ese señor.

BETINA.

¡A Stefani! Deliras,

CALISTO.

No, señora; el baron me ha ordenado terminantemente...

BETINA, riendo.

¡Te has vuelto loco! ¡Pobre Calisto!... No sabe lo que dice... ¡No recibir á Stefani!... Un antiguo amigo á quien quiero con todo mi corazon... ¡Ah! ya llega... anda á buscar al baron.

CALISTO, aparte dirigiéndose á la puerta.

¿Qué puedo yo hacer? Nada... malo, muy malo se pone esto.

## ESCENA VI.

BETINA, EL MARQUÉS.

BETINA, saliendo al encuentro al marqués.

¿Y desde cuándo por aquí?... ¿Qué casualidad ha sido esta?... ¿Cómo estais? ¿Qué haceis?... traéis buena cara... ¡Cuánto me alegro veros, mi querido marqués.

EL MARQUÉS.

Y yo igualmente, hermosa señora; siempre vuestros ojos me han dado la alegría.

BETINA.

¡Lisonjas! eternamente el mismo.

EL MARQUÉS.

No puedo deciros otro tanto, porque os veo mas encantadora que nunca; ¿sabeis que hace dos años que no os he visto?

BETINA.

Mi querido Stefani... ¡en qué momento llegais!... Voy á casarme... ¿Habeis almorzado?

EL MARQUÉS.

Sí por cierto; no soy hombre que se embarca sin haber tomado...

BETINA.

Sus precauciones. ¿De dónde venís?

EL MARQUÉS.

De casa de la princesa, vuestra vecina.

BETINA.

¡Ah! ¿Estais relacionado con ella? Dicen que es una mujer seductora.

EL MARQUÉS.

Sí, sí, tiene atractivos. Ella es quien me ha dicho, por casualidad, hablando, que estabais aquí... ¿Cómo podia yo sospecharlo?... Pero al punto he venido... ¿Y os vais á casar?

BETINA.

Sí, querido marqués, hoy mismo.

EL MARQUÉS.

¡Hoy mismo!

BETINA.

Como que ahí está el escribano.

EL MARQUÉS.

Muy bien, es una excelente noticia, y que seguramente no esperaba.

BETINA.

¡Ah! ¿No lo esperabais? Esta vez me agrada la lisonja. ¿Habeis venido á injuriarme?

EL MARQUÉS.

¡Oh! no; Dios me preserve de ello. Sois la de siempre; ya veo vuestros hermosos ojos encendidos... calmaos; sé que sois virtuosa y os estimo tanto como os amo; pero teneis una cabeza...

BETINA.

¿Cómo!

*(Se continuará.)*

## Alejandria.

La ciudad de Alejandria, donde está hoy el cuartel general de los franceses, es el punto estratégico mas importante para la defensa del Piamonte. Se halla situada en medio de una vasta llanura á orillas del Tarnaro que forma el afluente principal del Pó, en el lado derecho de este rio. Durante mucho tiempo Alejandria pasó por una de las plazas mas fuertes de la Europa; su ciudadela, sus fuertes y sus obras avanzadas la hacen de un acceso muy difícil. Es célebre en la historia de Italia por los muchos sitios que ha debido sostener. Desmantelada en 1814 solo conservó su ciudadela. Sin embargo, se reconstruyeron sus fortificaciones, pero en 1835 fueron destruidas de nuevo cuando fué entregada al Piamonte. Desde aquella época el gobierno sardo ha tratado de hacer de Alejandria una plaza de primer orden. La ciudad encierra una poblacion civil de 40,000 almas. Esta fuerte posicion está servida por buenos caminos, de los cuales uno es un ramal de la via que pasa al borde del golfo de Génova, y por los ferro-carriles piamonteses cuyos sistemas tienen estos dos centros, Turin y Alejandria. Los ramales de Verceil y Novara ponen á esta plaza en comunicacion con la línea de Lombardía. Segun las correspondencias, la ciudad ofrece en el dia una reunion de tropas capaz de tener en respeto un cuerpo de ejército considerable. Alejandria considerada como poblacion es poco notable y su aspecto es bastante triste. Su comercio es insignificante. Las murallas y la plaza son los únicos paseos públicos. En este momento Alejandria parece un campo fortificado en el que reina una actividad extraordinaria.



PANORAMA DE LA CIUDAD DE ALEJANDRIA.

A. CHIFFON

**El cuerpo de Garibaldi.**

Los cazadores de los Alpes organizados y mandados por el famoso Garibaldi forman dos hermosos regimientos de 2,000 hombres cada uno. Los jefes son en su mayor parte antiguos oficiales de los ejércitos de Roma, de Toscana y de Venecia, ó emigrados napolitanos, todos excelentes militares. La disciplina es la misma del ejército. El ardor y la inteligencia de esos jóvenes son tales que en menos de dos meses se han instruido perfectamente, y hoy rivalizan con la tropa de línea en la precisión de las maniobras. El uniforme es azul oscuro.

Un escuadrón de guías está agregado al cuerpo para la escolta del general y los reconocimientos. Su uniforme es de color azul celeste. Casi todos esos jinetes pertenecen á las mejores familias del reino lombardo-veneto, y se han equipado á su propia costa. Garibaldi deseaba una batería de artillería, pero no se la han concedido. — Corriente, exclamó, se la tomaremos á los austriacos.

Los cazadores de los Apeninos, confiados en un prin-

cipio al general Ulloa, acaban de organizarse en Acqui, bajo el mando superior del coronel Boldoni. El primer regimiento está completo ya, y el segundo lo estará en breve. El uniforme es igual al de los soldados de Garibaldi, excepto el color del paño, que es verde en lugar de azul. Boldoni, mayor que ha sido de la artillería napolitana, contribuyó á la defensa de Venecia en 1848 y 1849, y se distinguió mucho en ella.

**Embarque**

DE TROPAS AUSTRIACAS EN EL LAGO MAYOR.

Mientras el ejército austriaco de invasión que tenía su base de operaciones en Pavia atravesaba el Tesino como queriendo marchar sobre Turin por Mortara y Novara, otras tropas salidas de Milan se embarcaban en la orilla izquierda del Tesino y subían el lago Mayor hasta Pallanza, que ocupaban el 29 de abril último. Al día siguiente otros destacamentos austriacos que habían seguido el mismo camino desembarcaban en Stressa y

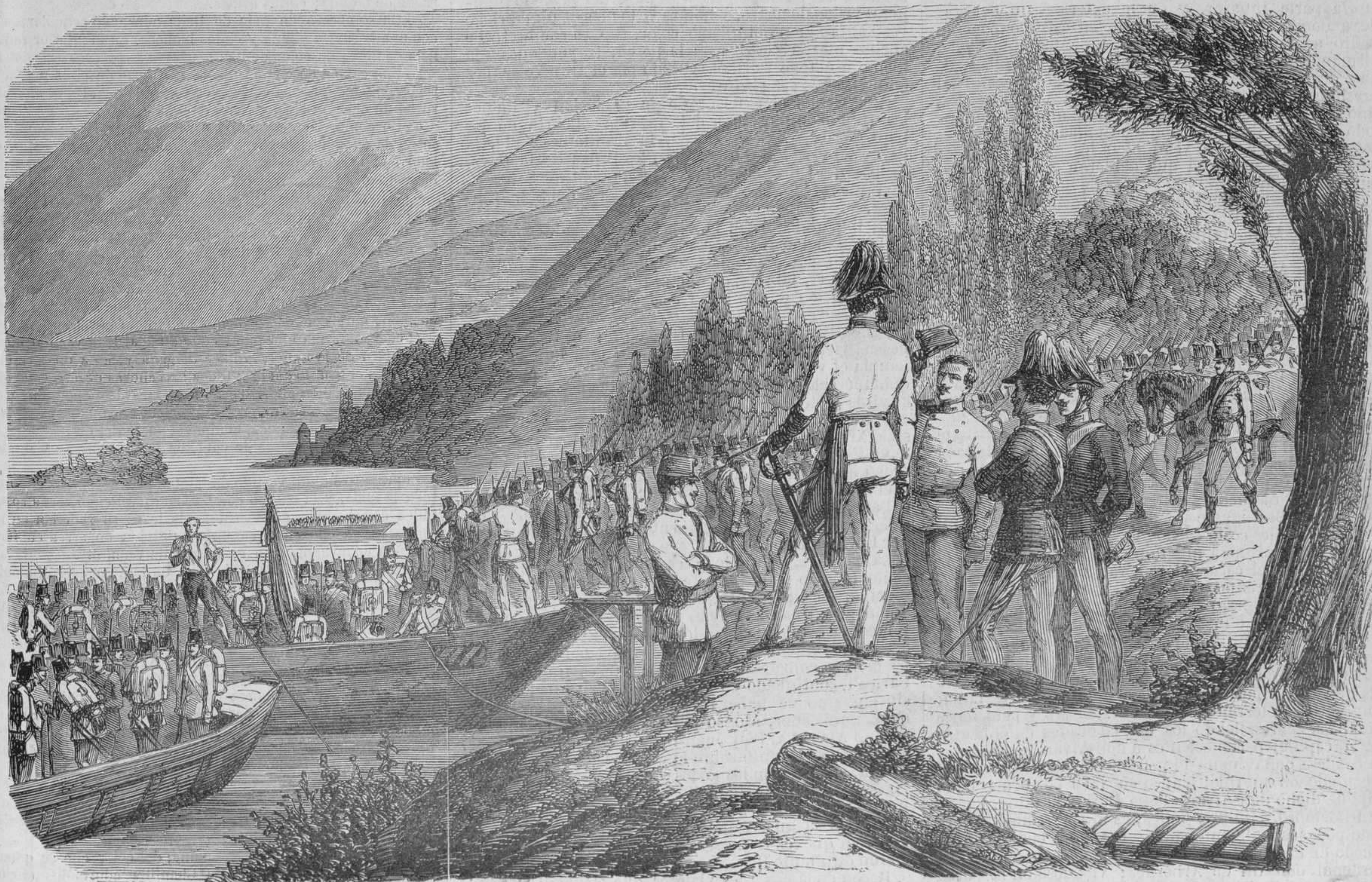


Oficial de gala.

UNIFORMES DEL CUERPO DE GARIBALDI.  
Guia de caballería.

Soldado.

Oficial con el uniforme de campaña.



EMBARQUE DE TROPAS AUSTRIACAS EN EL LAGO MAYOR.

en Arona, el principal astillero de construcción del lago Mayor, y señalaban su entrada en el Piamonte cometiendo excesos de toda clase. El poco éxito de las primeras operaciones militares del ejército austriaco le obligó en breve á recurrir á un movimiento de concentración en la orilla del Pó, en el radio de Verceil, de Novara y de Mortara. Las tropas diseminadas en las orillas del lago Mayor debieron reunirse con el grueso del ejército. La navegación del lago, siempre tan activa, se había quedado interrumpida en la orilla derecha.

### Una visita á Toledo.

LA CATEDRAL. — FUNCIONES DE SEMANA SANTA. — RÁPIDA OJEADA SOBRE SUS PRINCIPALES MONUMENTOS.

Mucho tiempo hace que anhelábamos visitar la ciudad de Don Alfonso VI. Al fin pudimos lograrlo el 20 á las once de la mañana, siendo esta apacible y fresca por la lluvia que caía. Sin nada digno de mención y en siete cuartos de hora, salvamos las diez y ocho ó veinte leguas que la separan de la coronada villa. La primera vista que al viajero se presenta á la salida de la estación es muy pintoresca. Divídase la imperial ciudad en una altura, teniendo á sus pies el famoso Tajo con su magnífico puente de Alcántara. Despues de atravesar este, la puerta del mismo nombre y una gran calzada, á cuyo término está situado el *miradero*, se penetra en las calles de Toledo. A poca distancia se encuentra la plaza de Zocodover; siguiendo en dirección casi y pasando entre otras por la calle Ancha (en el nombre), al fin de la de Chapineros, se divisa la catedral por su puerta llamada del *Reló*: se compone de un gran arco gótico, todo compartido en fajas, ornacinas, archivoltas y estatuas, viéndose en dicha portada alguna mezcla de arquitectura greco-romana. Por esta cualidad y por no ser la mas pura entre las varias de que se compone dicho templo, no nos detendremos mucho en ella. El interior es grandioso. No puede darse á la materia forma mas mística que la que emplearon los artistas del siglo XV en el revestido interior y exterior del presbiterio y coro. En la parte alta de la capilla mayor ó presbiterio, y á uno y otro lado, se ven los sepulcros de Don Sancho el Bravo y Don Sancho el Deseado; á la parte de la Epístola el emperador Don Alfonso VII, y el infante Don Pedro de Aguilar en la del Evangelio; como tambien Don Santiago Capelo, rey de Portugal, y los arzobispos de Toledo, los infantes Don Sancho de Aragon (hijo de Don Jaime I) y Don Sancho de Castilla, hijo de san Fernando. Los cuatro primeros tienen estatuas yacentes, los demás ni siquiera epitafio ni inscripción alguna. — En la parte mas baja del presbiterio, y su lado de la Epístola, está el sepulcro del cardenal arzobispo de Toledo don Pedro Gonzalez de Mendoza, teniendo su estatua yacente en la parte interior, y en la exterior un bajo-relieve donde se ve á dicho cardenal asistido por san Pedro adorando la cruz que le presenta santa Elena, formando todo un pequeño altar. En este costado hay dos puertas pequeñas, por donde penetran al presbiterio, no tan solo los celebrantes y asistentes, sino tambien los fieles; lo cual hace que, llenándose todo el ámbito de dicha capilla hasta las últimas gradas del altar mayor, ni se vean bien los oficios, ni estos tengan toda la majestad que debieran. El retablo pertenece al estilo gótico, y la talla es de madera de *alerce*, todo él dorado, excepto los trajes y rostros, que aparecen con color natural.

Una porción de tallistas y escultores, á las órdenes de los maeses Diego Copin de Holanda, Peti Juan y Sebastián de Almonacid, ejecutaron dicho retablo, que se terminó en 1304. — La parte que corresponde exteriormente al tabernáculo, conocida vulgarmente por el *trasparente*, no tan solo no armoniza con los costados exteriores, sino que artísticamente puede considerarse como un borron que afea y rompe la armonía del resto de la obra. Pertenece al estilo puro de Churriguera, y fué construido en el siglo pasado. — El coro embelesa, y no pueden á primera vista comprenderse todo el mérito y trabajo que en él emplearon sus autores. Baste decir que en el respaldo de las sillas bajas se ve tallada por maese Rodrigo toda la conquista de Granada: es un verdadero poema escrito con el buril. Aun le excede en mérito y ejecución la sillería alta, hecha á medias por Alonso Berruguete y Felipe de Borgoña. Tres mil y pico de reales costó cada silla, aunque fueron ejecutadas en la primera mitad del siglo XVI, ocupando la silla primada el cardenal Tabera, insigne varon que legó todas sus rentas para levantar el grandioso hospital en que descansan sus cenizas en un buen trazado sepulcro, hecho, ó mas bien, creemos dirigido por Berruguete en su última época, y colocado bajo la clave de la bóveda del crucero. — Todo el ámbito de la iglesia está rodeado de capillas mas ó menos notables, entre las que descuellan la de Santiago ó don Alvaro de Luna, con varios enterramientos de arzobispos y personajes notables, sobresaliendo los dos colocados en el centro de la capilla, pertenecientes á don Alvaro y su mujer la condesa doña Juana Pimentel. Son de estilo gótico, ejecutadas en mármol blanco en 1489 por orden de la hija de dicho don Alvaro doña María de Luna. La de san Ildefonso, tambien gótica, es muy notable, sobre todo por sus enterramientos; entre los cuales, el colocado en el centro de la capilla, gótico como ella, es del cardenal don Gil de Arboznz; viéndose en la pared lateral de la Epístola el del sobrino del anterior carde-

nal don Iñigo Lopez Carrillo de Mendoza, virey de Cerdeña, muerto en 1491 en el sitio de Granada. La capilla de los Reyes (vulgo nuevos), aunque reducida, es la mejor y mas notable de la catedral.

Pertenece su arquitectura al estilo llamado plateresco, fué dirigida por el famoso Cobarrubias y se concluyó en 1534. Los enterramientos de personas reales, cuyas cenizas se guardan en los sarcófagos, están colocados en unas ornacinas del gusto plateresco. En el presbiterio yace el rey Don Juan I en la parte del Evangelio, y su esposa Doña Leonor en la de la Epístola, y se ven sus estatuas arrodilladas. En ambos costados de la capilla están colocadas las estatuas yacentes de Don Enrique II y su mujer Doña Juana, Don Enrique III y su esposa Doña Catalina; en el costado de la derecha se ve la estatua arrodillada de Don Juan II. Hay otras capillas, hasta el número de veinte y cuatro, entre las cuales son notables la Muzárabe, Capilla parroquial de San Pedro, etc., etc. El monumento que en los dias de semana santa se coloca á los pies de la iglesia y su puerta llamada del Perdón, es de un solo frente, consistiendo en una gran escalinata, en cuyo término hay un templete y dentro de este el Sagrario. Varias estatuas de madera pintadas de blanco adornan las gradas, cerrando el frente una balaustrada. El resto de la fábrica por el testero descubre un cortinaje de sarga doble de color de grana con estrellas de oro. Pareceríamos una obra suntuosa á no tener vivo el recuerdo de otro que le excede en tamaño y magnificencia. El claustro bajo es gótico y de buen gusto. La portada de Santa Catalina y la de la Presentación, gótica la primera y plateresca la segunda, son de mérito sobresaliente. La fachada exterior, llamada del Perdón, se compone de tres puertas, teniendo en uno de sus ángulos la famosísima torre gótica pura y de una esbeltez admirable: lástima que su acceso sea una escalera tan estrecha é incómoda.

La fachada ó portada llamada vulgarmente de los *Leones*, merece estudiarse detenidamente. — Las ceremonias religiosas se practican en dicho templo con ostentación. Además de los oficios, el miércoles y jueves santo por la noche, de ocho á nueve de la misma, se canta el *Miserere* acompañado de voces é instrumentos por una capilla de música preparada al efecto. Este último dia y el viernes, hacen estación por algunas calles, pasando por la catedral, dos procesiones ó cofradías.

El aspecto de la población recuerda un pueblo árabe: calles estrechas, tortuosas las mas, llenas de escudos en las portadas de sus casas, con algun resto de arquitectura árabe. Las casas exteriormente (con alguna que otra excepcion) parecen malas: muchas celosías, rodapiés y guarda-polvos, con rejas de adorno que suelen rematar en cruz, sin escasear los retablos. El interior de ellas es cómodo, y si hemos de decir lo que hemos visto, muy limpio. Las costumbres, igualmente recuerdan las antiguas españolas. Las mujeres del pueblo en general visten de negro, y hemos visto mas de un labriego vestido tambien del mismo color, con su sombrero de anchas alas, recostado en la pared, trayéndonos á la memoria el tono y armonía usado por el gran Velazquez en alguna de sus pinturas.

Recorriendo el exterior de la población visitamos las riberas pintorescas del Tajo, la puerta de los Doce Cantos, el Cerro Gordo, la Ermita del Valle, la Barca del Pasaje, los Cigarrales, los Baños de la Cava, Ruinas del palacio de Don Rodrigo, puente de San Martín, puerta de Visagra y la bellísima del Sol, árabe pura.

La imperial Toledo, la venerable ciudad, está llena de monumentos históricos de un mérito inapreciable. Dando la mano á la puerta del *Cambron* está San Juan de los Reyes, fábrica, en que al mirarla corren á la par la admiración de obra tan acabada, con la pena que causan sus ruinas.

¿Qué dirían sus egregios fundadores los Reyes Católicos si viesen el estado lastimoso en que hoy le contempla el viajero! En uno de los salones del convento que fué celda del gran Jimenez de Cisneros, están los cuadros pertenecientes al museo provincial. No lejos de este lugar hay dos sinagogas: la una construida en el siglo XIV por el tesoro de Don Pedro (el Cruel) Samuel Levi. Esta última la donaron los Reyes Católicos á la orden de Calatrava. En dicha sinagoga está su archivo y el de Alcántara. El hospital de Santa Cruz, fundación del arzobispo Gonzalez de Mendoza, cuya portada y escalera son de un mérito eminente, fué concluido en 1815 por Enrique Egas.

La portada, sobre todo, es dignísima: pertenece al estilo llamado plateresco. Todo el resto de la fachada es sencillo, y como tal resalta mas su belleza. ¿Lástima es que á un extremo le hayan unido un pasillo de fábrica y madera para dar paso á los cadetes! El alcázar es otro de los monumentos, ó con mas propiedad ruinas, que pasan y embelesan. Dicho alcázar es fundación de Carlos I, continuado y aumentado por su hijo Felipe II, sin embargo de haber algun pequeño resto de fábrica del Conquistador, Alonso VIII y IX, Fernando el Santo, su hijo Alonso X, Don Juan II, y los Reyes Católicos. Esta mole se levantó sobre la que construyeron los romanos, sostuvieron los godos y conservaron los árabes. ¿Dos épocas son tristemente célebres para este monumento histórico: 1710, en que las tropas del archiduque Carlos en la guerra de sucesión le pusieron fuego, y 1810, en que los franceses, al abandonar la ciudad, hicieron otro tanto !!

Recomendamos á los viajeros que estudien y admiren el mérito de la obra que nos ocupa, por los frag-

mentos que resistieron á la mano destructora del hombre. La parroquia de Santo Tomé conserva un cuadro, á no dudar, de lo mejor del Greco, y representa el entierro del conde de Orgaz. Aunque no hemos visto, por estar cubiertas, las pinturas de la catedral y otros templos, creemos poder asegurar, sin temor de equivocarnos, que Toledo no posee ninguna de mérito eminente. Aquí concluimos nuestros mal trazados renglones, pues el imponente silbido de la locomotora que ha de conducirnos á la Coronada Villa nos llama, pudiendo asegurar, sin temor de equivocarnos, que conservaremos siempre el recuerdo de esta venerable ciudad. — Toledo 23 de abril de 1889.

RAFAEL BENJUMEA.

### Revista de la moda.

SUMARIO. — La moda se pone de negro. — Abuso de ciertos adornos. — Sombreros de verano. — El sombrero Gabriela. — El vestido Celimena. — Trajes fotografiados en las últimas carreras de caballos de Chantilly. — Cuatro confecciones artísticas: el pañuelo Silvia; la hopalanda Luis XV; la jaqueta Carlos IX y el carrick Lovelace. — Otras confecciones mas sencillas. — Sobre el corte de los vestidos actuales. — El calzado de verano. — Descripción del figurin que representa trajes de niños.

A pesar de la guerra, la coquetería no olvida las modas. Ignoro si es por un presentimiento triste ó por puro capricho, por lo que la moda lo ve todo negro; pero lo cierto es que los sombreros á la orden del dia llevan cintas negras, y como sus adornos son de espigas y de flores contrastan demasiado con el color sombrío de las cintas. Pero en fin, la moda así lo quiere. Este año se abusa un poco de los adornos de paja y de los penachos en los sombreros; hay damas que llevan plumeros rojos y negros que darian envidia á un guardia nacional. Pero no gastemos en criticar el tiempo que necesitamos para dar nuestras noticias; y principiemos por hablar del sombrero Gabriela, destinado á los trajes de campo.

El sombrero Gabriela se hace de paja belga ó de paja de Italia; lleva un ribete de terciopelo negro con cintas de lo mismo, y va sujeto á un cordón de paja que se desarrolla sobre el ala, y sostiene por un lado un grueso adorno de paja esmaltado de flores silvestres. Por dentro lazo de paja y de flores. Es probable que la hermosa Gabriela de Estrées se vestía de pastora cuando se ponía ese gracioso sombrero adornado de flores de los campos.

Citaré ahora los siguientes:

— Un sombrero blanco de crin con bavolet de tafetan blanco cubierto de encaje negro y cintas de tafetan negro, con adorno de amapolas.

— Un sombrero de paja belga muy fina con un grueso lazo al lado de encaje negro y florecillas azules. Bavolet de tafetan del color de las flores, cubierto de tul blanco. En el interior ruche de blonda; cintas azules.

— Un sombrero de paja de Italia adornado sencillamente con una hermosa pluma y cintas blancas. En el interior ramillete de flores de color de lila.

— Una capota de tafetan malva con lazo de cinta malva y ruche de tafetan negro cortado en torno del ala. En el interior ruche de encaje negro y ramo de follaje verde.

— Un sombrero de paja de arroz con bavolet de blonda y sesgo de cinta negra bordada de espigas paja sosteniendo al lado una hermosa rosa paja de tafetan. Por dentro lazo de blonda con rosetas de paja.

— Un sombrero de paja y de tul adornado con una drapería de crespon malva que se desarrolla en ondas de crespon veladas de blonda. Adorno de plumas blancas. En el interior lazo de crespon malva. Cintas color de malva.

Pasemos á los vestidos y á las confecciones.

Tenemos un nuevo vestido en la casa *Gagelin* que hace correr á todo Paris, y se llama el *vestido Celimena*. Se compone de cuchillos muy anchos por abajo y en punta hácia las caderas, y el cuerpo forma una pieza con la falda. Este vestido eleva la estatura de la mujer, la hace delgada y la da un aire elegante. Es el triunfo del dia; todas las señoras desean este vestido. Por abajo se guarnece en galería, ó le ponen un gran volante que describe una segunda falda. Las mangas son preciosas y muy de la época, aunque al gusto del dia.

En las últimas carreras de caballos de Chantilly he visto dos trajes que voy á describir.

El primero era un vestido de tafetan gris perla adornado en toda la falda, y el cuerpo con lazos de terciopelo verde sostenidos con hebillas de acero. Estos lazos se repetían en las mangas así como en el sombrero de paja de arroz cubierto con una «fanchonnette» de encaje de Chantilly.

El otro era al estilo del imperio, de tafetan azul Eugenia, de pelo, un poco corto por delante y largo por detrás. Las mangas ajustadas á partir del codo y adornadas con rizados por arriba. La hermosa señora que llevaba este traje iba envuelta en un pequeño alboroz rayado de blanco y de negro.

Otra dama llevaba otro vestido cuya falda tenia ocho gruesos pliegues longitudinales, cada uno de ellos cubierto con un rizado de cinta y una hilera de botoncitos que bajaban hasta la mitad de la falda. El cuerpo iba cerrado sobre el lado, y las mangas y los jockeys tenían igualmente el adorno de los botones de color adecuado al del vestido que era de seda lila.

Pasemos á las confecciones.

Hé aquí algunas de las mas nuevas y sorprendentes por su elegancia:

El pañuelo Silvia, la hopalanda Luis XV, la jaqueta Carlos IX y el carrick Lovelace.

El pañuelo Silvia es de granadina, del color que se quiere, con guarnición de volantes de Chantilly adornados encima con un cordoncillo de oro. Este cordoncillo acusa mucha opulencia, pero ¿quién no tiene millones en el dia? Además á

este pañuelo acompaña un famoso sombrero blanco y oro, coronado de rosas y puesto en moda por la emperatriz Eugenia. El pañuelo Silvia está dispuesto de modo que se sostiene sobre los hombros sin estar prendido con alfileres.

Esta misma clase de pañuelo se hace de cachemira purpura con bordado de florecillas negras y volante de Chantilly, y tambien de diversos colores, como azul de China, rosa de China, malva, gris, grosella y verde. Cuando es de tafetan negro va ilustrado con rayas y bordados ó bandas de terciopelo, y siempre guarnecido de guipure ó de encaje.

La hopalanda Luis XV es de tafetan negro con gruesos pliegues y cuello de guipure. Las mangas van forradas de tafetan blanco ó de color, y tienen una ancha vuelta. Por delante esta hopalanda está cerrada en toda su altura con bordados de pasamanería y de azabache.

La jaqueta Carlos IX es tambien de tafetan negro y va ajustada al talle. En los delanteros tiene un ornato corintio al crochet con sembrado de azabache y guarnicion de encaje. Además lleva una especie de berta en rosetones, y el mismo adorno se repite en las mangas que llevan una vuelta de encaje. Dos magníficos volantes de Chantilly sirven de orla á la prenda.

El carrick Lovelace es de tafetan negro, y tiene ricos bordados representando palmas con un sembrado de perlas en miniatura. Es una prenda muy bonita para campo, sin ninguna pretension y muy distinguida.

Estas cuatro confecciones son de mucho lujo; luego hay otras mas sencillas, como la peliza, el sobretodo, la manteleta, y el albornoz con esclavina sin capuchon. Los adornos de las confecciones son franjas, flecos, guipure y encaje. Las ruches de cinta hacen furor; nunca se han llevado tantas como en el día.

El corte de los vestidos ha variado mucho desde el año último. Los cuerpos de faldetas no se llevan ya, y sin embargo, para los vestidos de campo, se hacen faldetas largas que forman doble falda. Los cuerpos con chaleco, de peto y de cintura, y los vestidos Gabriela y Enrique III que tienen el cuerpo y la falda de una pieza, son los que están mas en moda.

Las hombreras Sultana y Figaro presentan mucha originalidad como jockeys de mangas. Las hombreras Sultana son de estilo oriental, y las otras de estilo español. Este adorno abulta demasiado.

Tambien se llevan vestidos de barés inglés, por otro nombre granadina de lana, con volantes orlados con un sesgo de tafetan de color. Es un traje muy sencillo con un pañuelo pequeño ó con un chal de granadina.

Se ha inventado un calzado para el estío sumamente original. Es de batista y de lienzo crudo con puntas de tafete dorado, azul, rosa, violeta y verde, segun el color del vestido.

Este calzado es muy fresco para el estío, y si os gusta, no tenéis mas que pedir á Dufossée Melnotte, rue de la Paix, Paris, botijos y zapatos « creole ».

Concluyo con la descripcion de nuestro figurin, que representa trajes de niños y de niñas para la primavera.

Primer traje. — Niño de ocho años, con vestido escocés. — Falda de grandes cuadros negros y blancos, ribeteada de terciopelo azul de Prusia. Jaqueta de terciopelo. Faja adecuada á la falda y adornada de terciopelo azul. — Medias de cuadros azules, negros y blancos. Borceguies de terciopelo azul. Pantalón blanco. Cuello y mangas de nansú. Gorrita de terciopelo adornada con plumas de gallo.

Segundo traje. — Niño de cinco á nueve años. Pequeño pañuelo de alpaga gris abotonado con orla de terciopelo negro. Botines y pantalón blanco. Camisa de nansú con mangas huecas. Gorrita de terciopelo negro.

Tercer traje. — Niña de ocho años. Vestido de foulard de cuadros ó de tafetan liso con dos faldas. Pantalón bordado. Mangas interiores y camisolin de muselina. Las draperías de la segunda falda están sostenidas por borlitas de seda como las que se ponen en los adornos de los cuerpos. En los cabellos bandó y lazos de terciopelo negro.

Cuarto traje. — Niño de tres años. Jaqueta y falda de hilo blanco. Pantalón bordado. Cuello ancho. Sombrero de castor blanco, adornado con una pluma rizada.

Quinto traje. — Niño de nueve años. Paletó gris oscuro de popelina de lana, orlado de bandas de terciopelo azul. Pantalón de fantasía. Cuello y mangas interiores de nansú. Sombrero de castor negro.

Sexto traje. — Niña de diez años. Vestido de popelina de Lyon verde azoff. Manteleta de lo mismo adornada de terciopelo negro y borlas. El cuerpo del vestido se abotona por detrás, lleva una berta de la misma tela, y las mangas son anchas, estilo pagoda, con pequeño jockey. Mangas interiores y cuello de nansú. Capota de tafetan blanco y terciopelo real malva. Guantes de Suecia.

Sétimo traje. — Niña de seis años. Vestido gris seda y lana con pliegados de cinta grosella. Pantalón con entredos de encaje. Camisolin de muselina bordada. Mangas interiores con doble afollado de muselina y puño bordado. Sombrero redondo de raso blanco con pluma blanca y lazo de terciopelo grosella en el interior del ala.

Octavo traje. — Niña de nueve años. Vestido de tafetan de cuadros. Cuerpo escotado con berta. Mangas anchas. Manteleta de tafetan, adornada con borlitas, de volante y berta figurada por el adorno del pecho. Capota de gro de Nápoles blanco. Pantalón bordado.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

LEOVIGILDO.

EPISODIO HISTÓRICO

POR DON EDUARDO DE PALACIO.

I.

Era el año 572 de la era cristiana: los godos dominaban en España, y por ellos su rey Leovigildo, á quien

habia elegido por compañero en el mando su hermano y antecesor Atanagildo. Muerto este pasó, el reino á manos de Leovigildo, casado con Teodosia, hija del gobernador bizantino de Cartagena, y en quien tuvo dos hijos, Hermenegildo y Recaredo.

Sosegadas las continuas luchas á que se vieron entregados por espacio de algunos años godos, vándalos y suevos y otros muchos pueblos invasores que venian haciendo durante muchos años á España el campo de sus correrías y el objeto de sus aspiraciones, pensó Leovigildo en afirmar la corona en su familia.

La monarquía de los suevos habia dejado de existir, y quiso aprovechar el rey de los godos tan favorable circunstancia, que le ofrecia la paz por entonces, para pensar en las bodas de su hijo Hermenegildo.

Durante algun tiempo se revolvió este proyecto, y solo la muerte de Teodosia pudo retardarle algunos meses.

Casó Leovigildo nuevamente con Gosuinda, viuda de su antecesor Atanagildo, y volvieron de nuevo á ocuparse de las bodas de Hermenegildo los miembros de la real familia.

Ingunda, hija de Sigiberto, rey de Austrasia y de Brunequilda, fué la designada princesa en quien fijaron sus ojos.

Tratadas las bodas por ambas familias vinieron al poco tiempo á efectuarse.

Jamás pudo la providencia divina haber elegido una esposa mas digna de Hermenegildo, ni un esposo mas digno de Ingunda.

Hermenegildo era dulce, apacible, bondadoso. Su belleza moral, no inferior á su hermosura física, se revelaba siempre á grandes rasgos en sus virtuosas acciones.

Ingunda reasumia en sí todas las virtudes de una santa, y los preciosos dones de la magnificencia divina se hallaban á porfia con los esbeltos detalles de su perfecta figura.

El Supremo Hacedor sabe unir entre sí á los buenos para robustecer sus inspiraciones: Hermenegildo habia nacido para Ingunda; esta era la ideal creacion de Hermenegildo.

Hijos de distinto suelo, y sin embargo se asemejaban, se habian formado con otras leyes, bajo diferentes costumbres, y sus caracteres eran iguales.

Se amaban sin conocerse, se comprendian sin hablarse.

La virtud se manifiesta del mismo modo en todas partes: hasta esa ventaja tiene sobre el vicio: dos hombres virtuosos se comprenden y se aprecian; los satélites del vicio nunca se entienden y jamás se estiman, porque son recíprocos espejos de sus extravíos y porque ya han agotado en su pecho el puro manantial de amor al prójimo.

Hermenegildo é Ingunda se habian unido para siempre, y la dicha de ambos era incomparable.

El régio alcázar de Toledo encerraba entonces á los monarcas de estirpe goda, y alhajado mas que nunca, parecia mas que morada de príncipe, la mansion de la felicidad, una definicion de lo bello.

II.

En uno de los preciosos camarines del suntuoso alcázar, y en elegantes sitials de damasco y oro, dos jóvenes de corta edad gozaban de los primeros encantos del matrimonio: *la luna de miel*.

Dirase que mas que amantes eran hermanos, al ver la afectuosa y dulce expresion de sus semblantes y al oír el tierno acento de sus palabras:

— ¡Cuán dichosa soy! decia la hermosa joven, apoyando ligeramente su cabeza en el hombro de su esposo.

— ¿Es cierto, Ingunda, repuso el mancebo como el que duda de una inmensa felicidad; es cierto que me amas? ¿que no por cumplir los mandatos de tu padre te has sujetado á ser mi esposa?

— Dios sabe, Hermenegildo, que te amaba antes de conocerte. Los hermosos rasgos de tu carácter habian llegado á mis oídos antes que á mis ojos los atractivos de tu persona.

— ¡Tanta felicidad me reservaba el cielo! No en vano aguardé siempre los divinos favores con que me distingue la grandeza del Dios de los ejércitos.

— Pronto, replicó Ingunda bañando sus mejillas un ligero y finísimo carmin, será completa nuestra felicidad: ¡voy á ser madre, siguió despues de algunos momentos, y debemos ser tan dichosos mirando á nuestros hijos, enjugando sus tiernas lágrimas, abrigándoles en nuestro seno! ¡Oh, qué amor tan santo, tan incomparable debe ser el amor de madre!

Un apasionado beso fué la única respuesta que dió Hermenegildo.

La elocuencia del amor puro y verdadero es casi nula: sus admiradores se hallan en los críticos momentos tan faltos de palabras como su dios de galas y ropajes: y á las figuras de la retórica sustituyen las gracias de la mímica.

— Tienes razon, articuló Hermenegildo despues de algunos momentos; seremos completamente dichosos; y los ojos de los esposos brillaban con indecible júbilo.

— Solo falta, dijo Ingunda despues de algunos instantes, una prueba de tu amor...

— ¡Una prueba!

— Sí, la mas noble, la mas laudable á los ojos de nuestro Dios.

— ¡Ah! imposible, exclamó Hermenegildo con amargura, mi padre...

— Para el verdadero creyente, para el que en su pecho alimenta la llama pura de la fe católica, como tú me has confesado, no hay nada imposible...

— Silencio, desgraciada; ¿ignoras por ventura que mi padre, entusiasta partidario de la secta arriana, no perdonaria medio de venganza en el momento de saber mi conversión al catolicismo? ¿Sabes cuán desentrañada buscaria Gosuinda, su mujer, el último momento de nuestra vida?

— ¿Eso te intimida? repuso Ingunda con energía.

— ¡Oh! no sentiria por mí la persecucion de mi padre, ni los coléricos excesos de mi madrastra. Sufriria tanto al verte víctima de sus odios, seria tan grande mi dolor al contemplar su funesta venganza, ¡tal vez en el ángel que llevas en tu seno!...

— ¡Oh! no permita el Señor tal iniquidad.

— Eso solamente es lo que me detiene.

Poco tiempo despues Ingunda era madre; el hijo de Leovigildo recibia favores de su padre; favores que mas tarde habian de convertirse en persecuciones; inciertos crepúsculos vespertinos de la noche que debia venir despues.

III.

En una habitacion contigua á la de los jóvenes esposos, se hallaban Leovigildo y Recaredo.

Era el primero de noble y airoso porte, gravedad majestuosa sin ser afectada; sus orgullosas miradas revelaban siempre la dignidad del rey y la hidalguía del caballero.

Amante del lujo y desoso de dar á la monarquía todo el esplendor de que es digna, fué el primero que estableció como distintivos del trono español las insignias de cetro, manto y corona.

Recaredo, su hijo, de carácter belicoso, hermoso tipo de bravura y nobleza que en herencia nos dejaron los hijos de la raza goda, discutia con su padre sobre los negocios de la nacion y rejuvenecia su espíritu con las descripciones de las victorias que habian obtenido.

— La monarquía de los suevos ha dejado de existir; los pueblos todos nos respetan y nos temen: el nombre de nuestro pueblo se levanta orgulloso y toca al firmamento. Los descendientes de Ataulfo han sabido vencer á los bizantinos, á todas esas hordas que, acaudilladas por ineptos y abominables jefes, pretendieron un dia hacerse dueños de la raza goda. ¿Qué nos resta que hacer?

— Guardar nuestras conquistas, afirmar de una vez nuestro poderío, y cambiar cada vasallo en un esclavo de nuestra omnipotencia. Tú, hijo mio, has luchado con fe: á tí se deben las mejores páginas de nuestras glorias: tú has vencido á los francos, tú has sujetado á los indómitos cántabros, y tú en fin has proporcionado los días de mas ventura á tu pueblo.

Hoy me toca recompensar tu celo, pagar esa actividad con los honores que mereces y...

— Señor, repuso Recaredo besando respetuosamente la mano de su padre; he cumplido con mi deber y nada mas.

— Pero cuando á él faltan todos, merece recompensa el que hace lo que es justo.

Tu hermano Hermenegildo, continuó despues de un breve rato, no piensa como tú.

— Su carácter...

— Es muy diferente. Entregado al amor de Ingunda parece olvidarlo todo; todo menos sus tendencias al catolicismo.

— Disculpad, un error...

— ¡Un error! ¿acaso es tan niño que aun no puede apreciar las consecuencias de sus inclinaciones?

— ¡Ah! continuó despues de un momento sin poder contener su enojo; librelé Dios de una conversión inícuca, porque entonces no habrá piedad para él.

Yo bien sé que las instigaciones de Leandro y algunos otros prelados son la causa de que su juicio se tuerza: procuraré evitarlo con buenos medios; si estos no bastaran... el tiempo dirá.

Aquí llegaban en su diálogo, cuando un nuevo personaje vino á interrumpirlos: era Gosuinda, mujer de horrible aspecto y en cuya fisonomía se veían retratados los viles sentimientos de su alma. Era tuerta, y parecia con las imperfecciones de su cara revelar las de su corazón.

Que suele la Providencia divina pintar al exterior las miserias de adentro, por evitar al bueno el contacto del malo, ó porque la hipocresía no seduzca á la inocencia.

— Seais bien venida, mi querida Gosuinda, dijo Leovigildo en tono afable.

— Que Dios os guarde, repuso ella con toda la coquetería de una cortesana de Luis XIV en los tiempos modernos.

Y despues de haber dado su mano á besar á Recaredo, continuó:

— Necesito hablaros, amado esposo.

— Cuando gustéis; sal, hijo.

Este saludó respetuosamente y salió de la habitacion.

— Vuestro hijo Hermenegildo es incorregible.

— ¿Qué decís, señora?

— Digo que al fin tendremos el disgusto de decretar su ruina.

— ¿Cómo?

— No ignorais su afecto á la religion católica; sabéis que Ingunda la profesa, y que esta y Leandro influyen constantemente en su ánimo para atraerle á su escuela;

tampoco ignorais, que á mas de ser la religion arriana la de todos los hijos de la raza goda, el dia que vuestro Hermenegildo se entregue al catolicismo, tal vez despierten los españoles de su letargo y perdamos el dominio, el poder, la vida.

- ¿Y qué intentais hacer para atajar estos males?
- Encargaos de vuestro hijo: yo convertiré á Ingunda; y en cuanto á esos dignos prelados que así trabajan en pro de su religion y en nuestra ruina, no haya compasion para ellos; desterradlos, confiscadles sus bienes, hacédlos perecer si es preciso.
- ¿Y Hermenegildo?
- Tambien él si no desiste de sus ideas.
- ¿Gosuinda! exclamó Leovigildo aterrado.
- Si, si; repetia con desentonada voz la viuda de Atanagildo.
- ¡Mi hijo!
- ¡Ah! sois muy pusilánime para monarca. Cuando peligrá una corona y puede sostenerse á trueque de sangre, no se debe vacilar en derramarla: vuestro hijo es un obstáculo para el gobierno, porque nos distrae y quizás nos traiga funestas consecuencias; prescindamos de él, librémonos de Hermenegildo.
- Nunca, nunca, exclamó con preocupacion Leovigildo; emplearé todos mis recursos paternales, y espero en Dios el logro de mis deseos.
- ¿Y si eso no basta?...
- Entonces, replicó el godo dando riendas á su enojo, le haré morir.
- Bien, muy bien.

IV.

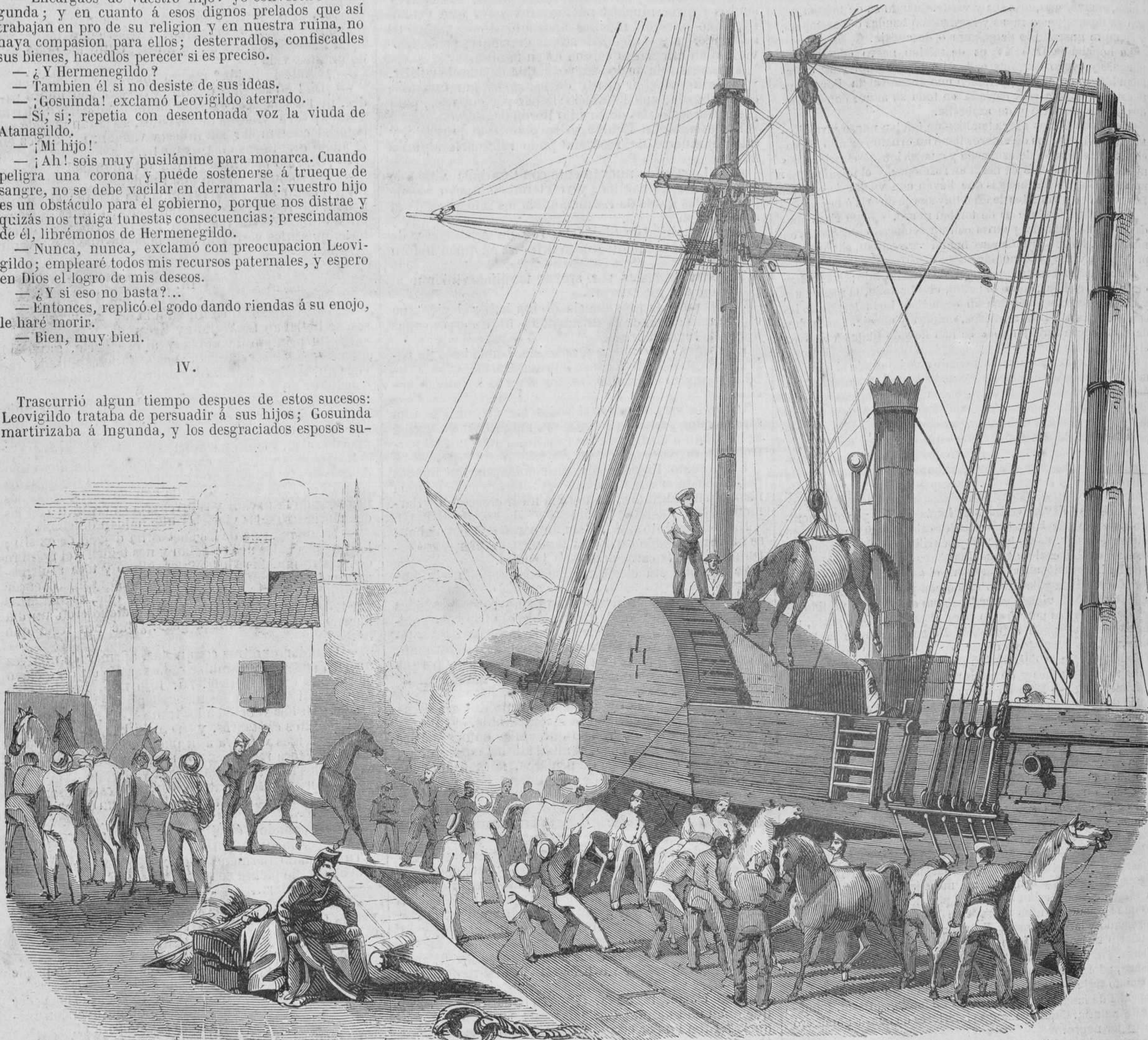
Trascurrió algun tiempo despues de estos sucesos: Leovigildo trataba de persuadir á sus hijos; Gosuinda martirizaba á Ingunda, y los desgraciados esposos su-

trian sin cesar los dolores que les causaban sus adversarios, con la angélica mansedumbre que presta la fe católica.

Pasados algunos meses de continua lucha, la bienaventurada pareja permanecia fiel á los preceptos del catolicismo; Ingunda á los ojos del mundo; Hermene-

gildo solo á la mirada de Dios; temia por la suerte de su hijo y guardaba en su pecho los puros sentimientos de la mas sábia de las religiones, sin dejar asomar á sus labios un solo eco que pudiera descubrirle.

Por otra parte creia injusto el causar á su padre tan grave disgusto, y la lucha continua en que se hallaba



EMBARQUE DE CABALLOS CON DESTINO AL EJÉRCITO DE ITALIA.

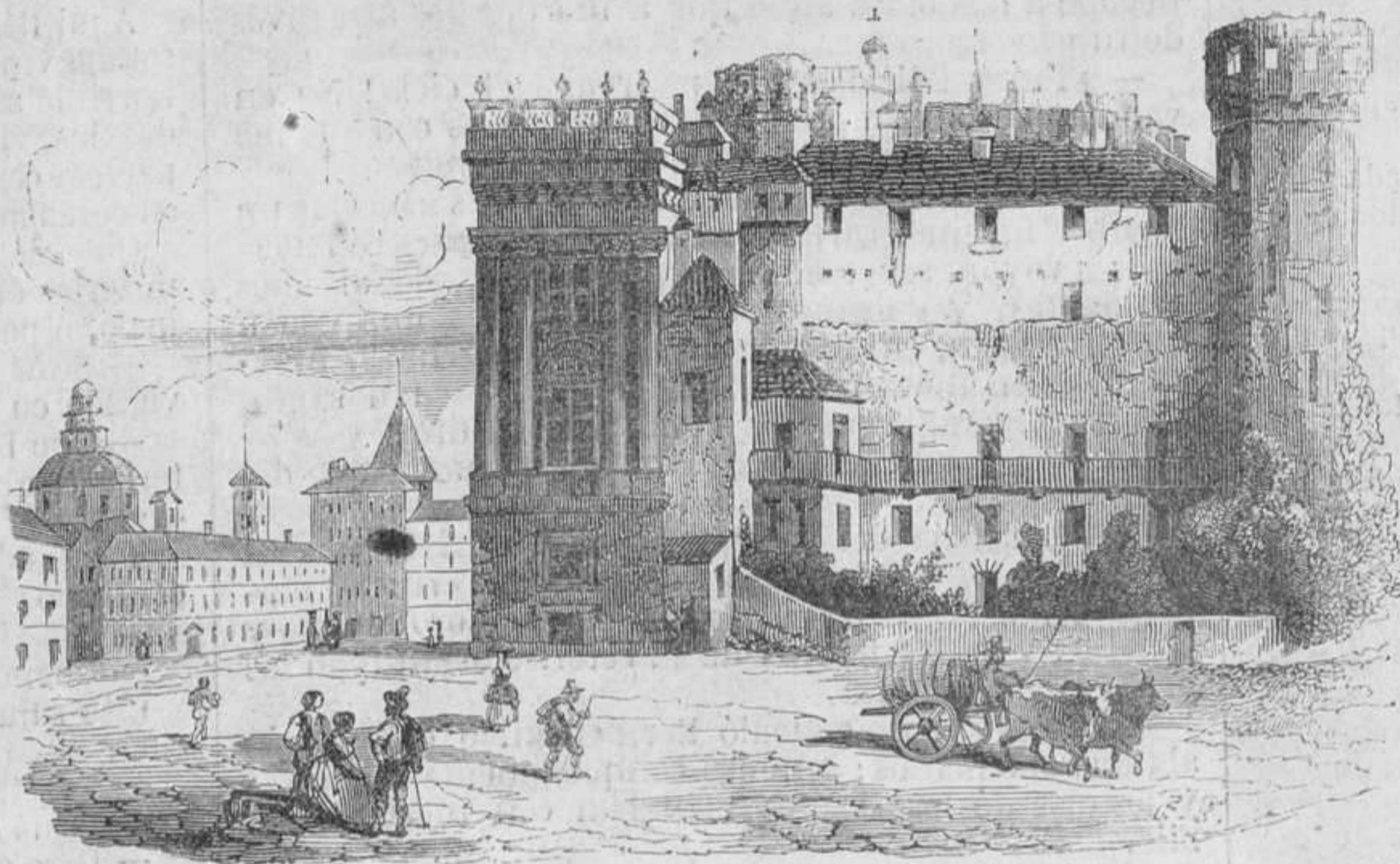
su alma hacia terribles los dias de su vida.

Las delicias paternales tan ansiadas por él se habian convertido en dolores: veia á su hijo víctima del enojo de su abuelo en el momento de convertirse él á la fe católica, y aunque decidido ya á arrostrarlo todo, no podia exponer la vida de su hijo.

— Duro lazo de nuestra existencia, decia un dia á Ingunda, el que nosotros creiamos fruto de bendicion, que habia de proporcionar tanto placer al alma, es el escollo de nuestra fe, la espinosa flor que nos destroza al querer aspirar su aroma.

Bendito el cielo sea, que así en el mundo pone estos obstáculos al logro de nuestros deseos; la verdadera fe se aumenta con las adversidades. Si falliésemos, continuaba, ¿qué seria de nuestro hijo?

(Se continuará.)



EL PALACIO MADAMA EN TURIN.

El palacio Madama en Turin.

Entre los monumentos mas antiguos de Turin figura en primera línea el palacio llamado de Madama. Sus primeros muros se levantaron en el siglo XIII. Restaurado y ensanchado en 1416 por el duque Amadeo VIII, recibió la añadida de cuatro torres que formaban parte de las fortificaciones de la ciudad; despues sirvió de morada á los duques de Saboya durante el tiempo de su residencia en Turin.

Embellecido ya por Vittozzi en 1720 fué adornado con una soberbia fachada debida á la munificencia de Madama royale, la duquesa Marie-Jeanne-Baptiste de Némours, madre del rey Victor Amadeo II.

De aquí le ha venido el nombre de Château-Madame que aun conserva en el dia.